

Boja 8950-1942

Boja 809-17667

LA ENTRADA

EN

EL GRAN MUNDO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS.

DE

Bernaldez

Don Tomás Rodríguez Rubí.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1845.

PERSONAS.

LA CONDESA.....	<i>Doña Matilde Díez.</i>
AMALIA.....	<i>Doña Plácida Tablares.</i>
LORENZO.....	<i>D. Julian Romea.</i>
EL VIZCONDE.....	<i>D. Florencio Romea.</i>
EL BARON.....	<i>D. Pedro Sobrado.</i>
EL MARQUÉS.....	<i>D. Antonio Alverá.</i>
JULIA.....	<i>Doña Micaela Durán</i>
CARLOTA.....	<i>Doña Trinidad Parra.</i>
GINÉS.....	<i>D. Antonio Lamadrid.</i>

Damas, caballeros y lacayos.

Año de 184....

Esta comedia es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Un salon de la casa del Marqués, adornado con muebles antiguos. A la derecha del actor una ventana: á la izquierda una puerta: otra en el fondo. En lugar conveniente una mesa cubierta con dibujos y utensilios de pintura.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, *dibujando.*

Ya está la composicion:
y hay semejanza, sí... ¡es él!
¡cómo obedece el pincel
á mi inquieto corazon!
Mas ¿por qué la mano mia
temblando ¡ay cielos! está?
Qué sé yo... ¿si entenderá
mi primo esta alegoría?
Hay un cupido asestando
sus flechas á una zagala,
que está vestida de gala,
al pié de un roble llorando.
Y una allá de la otra en pós
por encima de unas lomas,
volando van dos palomas

y prende un lazo á las dos.
 Esto es lo que yo queria:
 si hice bien ó mal, no sé:
 solo entiendo que espresé
 cuanto en el alma sentia.
 Discúlpame la pureza
 del intento por fortuna,
 y esto á lo más, será una
 inocente ligereza.
 Vamos á ver: lo empezado
 quiero seguir con empeño.
 ¡Oh!... no lo ha de ver mi dueño
 hasta que lo haya acabado.

ESCENA II.

AMALIA *dibujando*. LORENZO *en el fondo*. Después GINÉS.

(*Suena dentro un campanillazo.*)

LORENZO. ¡Rayos del cielo!... ¡Ginés!

GINÉS. ¡Voy! (*Dentro.*)

LORENZO. ¡Pronto!

GINÉS. (*Saliendo por la derecha.*) Señor...

LORENZO. ¡Polilla!

GINÉS. ¿Qué pasa?

LORENZO. (*Suena otro campanillazo.*) ¡La campanilla,
 que está llamando el Marqués!

GINÉS. Como usted siempre le ayuda
 á vestir...

LORENZO. Pues hoy no quiere
 que le vista...

GINÉS. ¿Qué! ¿prefiere
 mis servicios...

LORENZO. ¡Hum!... no hay duda...

(*Asiéndole de un brazo y empujándole hacia la izquierda.*)

Sus servicios... por mi fé...

AMALIA. Pues está bueno... ¿quién grita?...

LORENZO. ¡Ah! ¿Usted aquí, señorita

Amalia... perdone usted...

AMALIA. (*Continuando su dibujo.*)

¡Hola!... parece que estás

- 27
- LORENZO. de mal talante; lo siento...
Al contrario, tan contento
como no estuve jamás.
- AMALIA. No, pues nadie lo diría.
- LORENZO. Verdad: pero á mis desmanes
dan lugar esos truanes
que holgando pasan el día.
Recuerdo mi juventud:
señorita, fui soldado,
y estoy muy acostumbrado
á tener exactitud.
Luego dicen que es rareza...
¡no tal! diligencia es:
quiero que al señor Marqués
le obedezcan de cabeza.
¿Green que es algun mequetrefe
porque es jóven y no grita?
¿no es él aquí, señorita,
nuestro general en jefe?
- AMALIA. Lorenzo, tienes razon.
- LORENZO. Pues bueno: yo haré que salte
de casa á todo el que falte
á la subordinacion.
Mi señor, que en gloria esté,
antes de morir me dijo,
«sirve de padre á mi hijo»
y obedecerle juré.
De entonces en él se encierra
todo mi afan, no le adulo;
pero jamás capitulo
con el que le hace la guerra.
- AMALIA. Sí, mas... Lorenzo, hasta ahora
no sé por qué estás contento...
- LORENZO. Es que ese ya es otro cuento
muy diferente, señora.
Es poca cosa, no es nada;
y aunque usted de ella se ria
para mí, señora mia,
es una cosa sagrada.
- AMALIA. ¿Yo de ello reirme?... ¡no!
¿por qué crees eso de mí?
- LORENZO. Señorita... porque sí,

porque es preciso ser yo,
y reconocer mi estado
poniéndose en mi lugar,
para saber apreciar
el lance que me ha pasado.
Pero...

AMALIA.
LORENZO.

Bien, lo diré, sí...
verá usted como no es nada,
si luego á usted no le agrada
yo, por mi parte, cumplí.
Señorita, aunque en verdad
mando aquí y soy respetado;
yo no soy mas que un criado
con toda mi autoridad.
Es cierto que mi señor
sabiendo que no transijo...
me legó sobre su hijo
los derechos de tutor.
Pero á mí nada me altera,
y á pesar del testamento,
ni me he llenado de viento
ni he salido de mi esfera.
¿Tutor?... bueno, yo he llenado
mi deber como he podido;
pero aunque tutor, he sido
antes que todo criado.
Y á mi pupilo, en verdad
tratarle yo, bien pudiera,
asi... de cualquier manera
y con familiaridad.
Mas... nunca dí en esa flor,
porque es cosa que resisto
y porque en él siempre he visto
al hijo de mi señor.
Nada como él me interesa,
le visto, limpio su ropa
y pongo vino en su copa
cuando le sirvo en la mesa.
No le he faltado jamás;
el tratamiento le doy
y si le acompaño, voy
como su sombra, detras.

Pues bueno: cuando hoy entré
 á vestirle en su escondrijo,
 estas palabras me dijo
 que jamás me olvidaré.
 «Lorenzo, de hoy mas no quiero
 que tanto por mí te afanes,
 ni que el pan que comes ganes
 lo mismo que un jornalero.
 Confieso que he sido un niño,
 porque pensé hasta este día
 que yo contigo cumplia
 tratándote con cariño.
 Mas no es esto á la verdad
 lo que tu mereces hoy:
 y supuesto que á entrar voy
 pronto en la mayor edad,
 quiero que vivas conmigo
 no del modo en que hoy te empleas...
 Lorenzo, quiero que seas
 no mi criado, mi amigo.

AMALIA.

(Levantándose.) ¡Escelente corazon!
 ¡cuánto me alegro... hace bien!

LORENZO.

¡Oh!... yo me alegro tambien...
 y no es por la distincion,
 no señora, que aunque honrosa
 con mi genio no se aviene;
 es porque indica que tiene
 un alma muy generosa.
 Yo lo he criado, y al ver
 que todo ello es obra mia...
 las lágrimas de alegría,
 señora, siento correr.

AMALIA.

Y tambien me harás llorar...

LORENZO.

Es que yo...

AMALIA.

Vaya... dejemos...

LORENZO.

Y ¿qué hacer?... ¡já! já... lloremos...
 ¿qué le hemos de remediar?
 Por supuesto; y ya que hay tela
 aprovechémosla ahora:
 ¡pues! si este llanto, señora,
 es un llanto que consuela.
 Lorenzo ¡qué bueno eres!

AMALIA.

sí, mucho el Marqués tendrá
que agradecerte...

LORENZO.

Eso vá,
señorita, en pareceres.
No hay nada que en él me cuadre
como ese genio, ese modo
de tratar... ¡oh!... y sobre todo,
es la imágen de su padre.
Y ahora me da en qué pensar...
pero acepto el compromiso:
ya es un hombre y es preciso
casarlo, no hay que dudar...

AMALIA.

LORENZO.

Con una muger,
pues ahí está, ese es el cuento...
cosa es la del casamiento
que el tino me hace perder.

AMALIA.

LORENZO.

¡Qué! tan difícil será
que encuentres...

AMALIA.

LORENZO.

AMALIA.

LORENZO.

AMALIA.

LORENZO.

Yo solo sé
que ninguna encontraré
que me guste... claro está.
Tú el que se casa no eres...
Pero yo debo...

Inquirir...

¡Hum!... vaya usted á elegir...
¡son el diablo las mugeres!

¡Cómo!...

Tiene usted razon...
he salido á la verdad,
con una vulgaridad...

hago de usted una escepcion...
pero... ya se vé, yo quiero
para el Marqués, y es muy justo,
toda una esposa á mi gusto,
y como hallarla no espero...

AMALIA.

LORENZO.

AMALIA.

LORENZO.

¿Qué prendas ha de tener
la que tú anhelas ahora?

Todas las buenas, señora,
y esto... ¡ca! no puede ser.
Veamos...

No tendrá tilde

si pinto yo á la doncella:
muy jóven.

Bien.

Y muy bella.

AMALIA.

LORENZO.

AMALIA.

Eso...

LORENZO.

Y honrada y humilde.

AMALIA.

De sobra que las habrá.

LORENZO.

Por supuesto, noble.

AMALIA.

Bien.

LORENZO.

Sin nervios...

AMALIA.

¡Já!... ¡já!... Tambien.

LORENZO.

Y rica, muy rica...

AMALIA.

(¡Ah!)

LORENZO.

Ahí está punto por punto
cuanto juzgo indispensable...

Dígame usted, ¿es probable
que se encuentre todo junto?

AMALIA.

Pides tanto...

LORENZO.

Una friolera;

yo pido para el Marqués
si es demasiado, él despues
que rebaje lo que quiera.

AMALIA.

¡Ay!... me vuelvo á dibujar.

LORENZO.

¿Usted nada me replica?

AMALIA.

Hermosa y noble y muy rica...
algo habrá que rebajar.

LORENZO.

No gran cosa: por mí sé,
como hombre esperto y machucho,
que sin afanarme mucho
lo que busco encontraré.

AMALIA.

¡Está bien por vida mia!...

LORENZO.

¿pues no me has dicho que no?...

Es que eso lo dije yo
por ver lo que usted decia.

AMALIA.

¿De veras?...

LORENZO.

¡Toma!... cabal.

AMALIA.

¿Imaginastes ya?...

LORENZO.

Sí.

AMALIA.

Y ¿dónde?...

LORENZO.

Cerca de aquí...

AMALIA.

Pero... ¿rica?...

LORENZO.

Ps... tal cual.

Yo tampoco aspiraré
á la mas alta grandeza...
por ejemplo, una riqueza
asi como la de usté...

AMALIA. (*Vivamente.*) ¡Cómo! ¿presumes que yo
puedo aspirar á ese puesto?

LORENZO. (*Sonriéndose.*) Sí señora, por su puesto,
¿quién lo duda? ¿por qué no?

AMALIA. ¿Sí?... (*Con alegría.*)
mas... ¿qué digo? (*Reprimiéndose.*)

LORENZO. ¡Bobada!

AMALIA. Perdona... que me olvidé...

LORENZO. ¿Qué le hace?... ¡vaya!.. ¿por qué
se pone usted colorada?

AMALIA. Es que... como...

LORENZO. Sí, ya entiendo:

¡ah!... yo conozco á mi gente...

Vamos, negocio corriente
será por lo que estoy viendo.

AMALIA. Pero no digas jamás...

LORENZO. Aquí está el señor Marqués...

AMALIA. (*Bajo.*) ¡Por Dios que á entender no dés...)

LORENZO. ¡Vaya!... no faltaba mas.

(*Se acabó, es negocio hecho.*)

ESCENA III.

Dichos y el MARQUÉS.

AMALIA. Señor, Marqués, muy buen día.

MARQUES. Muy buenos, Amalia mía.

AMALIA. Tarde has dejado hoy el lecho.

MARQUES. La noche no ha sido buena.

AMALIA. ¿Qué dices!... nada he sabido...

MARQUES. No... nada, es que no he dormido.

AMALIA. Y estaba yo tan agena...

LORENZO. Ya hace días que le noto

pensativo, cabizbajo,

y por mas que yo trabajo

y mi pobre ingenio agoto...

nada, no puedo encontrar

de su tristeza el por qué.

¡Qué diablos!... ¿qué tiene usted?
no nos haga usted penar...

MARQUES. No es nada... es un mal humor,
al cual, por mas que resisto...

LORENZO. Lo mismo siempre; está visto
que yo no sirvo, señor,
para averiguar secretos.
Que no es nada... no será;
pero en tanto usted está
triste y nosotros inquietos.
Me voy, me voy, se acabó;
tengo una estrella maldita...
á ver usted, señorita,
si averigua mas que yo.

ESCENA IV.

AMALIA y el MARQUES.

MARQUES. ¡Já!... ¡já!...

AMALIA. ¿Te ríes, Luis?

MARQUES. Y ¿qué he de hacer, prima mía?
¿No ves á mi buen Lorenzo
cuán pronto se formaliza
y renegando se vá
por una cosa tan nimia?

AMALIA. Eso le honra: él por tí
se desvela, se fatiga,
y de tu rostro y acciones
no aparta un punto la vista.
si estás triste, se entristece,
si contento, su alegría
es estremada... ya ves
cuán pronto su afán se esplica.

MARQUES. Es cierto, su adoracion
ya raya en idolatria.

AMALIA. Por eso estrañar no debes
que tanto en saber insista
el por qué de esos pesares
que á todos nos mortifican.
Sus poderes me ha dejado,
y ya sabes que tu prima

- es muy curiosa; con que...
- MARQUES. Pero ¿qué quieres que diga?
- AMALIA. ¿Qué es eso, también conmigo sostendrás la negativa?
- MARQUES. No te canses, bella Amalia, es una cosa inaudita, que aunque decirla pudiera tal vez no la entenderías.
- AMALIA. ¿Que no? después lo veremos.
- MARQUES. Se me alcanza algo de enigmas... Dejémoslo estar por hoy.
- AMALIA. Antes de venir ¿qué hacías?
- MARQUES. ¿Dibujabas?
- AMALIA. *(Enojada.)* No lo sé.
- MARQUES. Ya que la respuesta esquivas yo lo veré... *(Dirigiéndose á la mesa.)*
- AMALIA. *(Adelantándose, y cubriendo el dibujo con el pañuelo.)* ¡Ah!... ¡nada de eso!... No está bien que yo transija dando á tu curiosidad lo que niegas á la mía.
- MARQUES. Pero si...
- AMALIA. ¡Vuelta, Marqués!... no lo de antes me repitas: habla y verás el dibujo... ¿Callas?... lo rasgo...
- MARQUES. ¡No!... mira...
- AMALIA. ¿Prefieres hablar?... me alegro: ya te escucho.
- MARQUES. ¿Hay tal manía? mi secretos saber quieres... ¿me creerás cuando te diga que yo mismo no los sé?
- AMALIA. Pues me gusta la salida.
- MARQUES. ¿Quién quieres, Luis, que crea tan descarada mentira?
- MARQUES. Pues sin embargo, es verdad.
- AMALIA. Entonces ¿qué te contrista?
- MARQUES. Qué sé yo... no tiene nombre... solo sé, Amalia querida, que en un reposo gracial mi juventud se desliza.

Y no obstante yo estoy bien;
 do quier que vuelvo la vista
 encuentro seres queridos
 que por mí se sacrifican.
 Pero un día en esta casa
 se parece al otro día,
 todos iguales, no encuentro
 variedad, alternativa
 y... lo confieso, me canso
 de tanta monotonía.
 Hay mas: yo he soñado un mundo
 una sociedad distinta
 de la que aquí me rodea
 donde hay movimiento y vida,
 y aventuras y saraos
 y sensaciones continuas
 y como aquí no la encuentro,
 porque aquí, tal vez no exista,
 sospecho que esta es la causa
 que me atormenta hace días.

AMALIA.

¡Atónita me has dejado,
 Marqués!... y yo que creía
 que eras feliz como yo
 en esta mansion tranquila...

MARQUES.

¿Feliz?... sí, debiera serlo...
 y lo seré: esta manía
 sabré vencer poco á poco,
 y acaso el tiempo la estinga...

AMALIA.

MARQUES.

¿En qué esa esperanza fundas?
 En la fortaleza mia.

¿Qué puede haber en la tierra
 que al hombre, tenaz resista,
 si lo que anhela acomete
 con voluntad decidida?

Saldré de Madrid.—Prefiero
 la soledad de mi quinta,
 el murmullo de los bosques,
 las flores de la campiña,
 al aislamiento, al destierro
 que disfruto en esta villa.

Si os quereis quedar aquí,
 no habrá nadie que os lo impida;

- quiere decir que mis libros
y aquellas gentes sencillas,
con mis armas y mis perros
me harán allí compañía.—
- AMALIA. ¿Y con esa indiferencia
de Lorenzo y de tu prima
te alejarás...
- MARQUES. ¿Y qué quieres...
ha llegado á ser precisa...
- AMALIA. ¿Quieres huir de nosotros?
Marqués, ¿tal vez te fatiga
nuestra presencia...
- MARQUES. ¡Qué dices!
¿por qué tal cosa imaginas?
¿Puede haber nunca en el mundo
dos personas mas queridas
para mí que tú y Lorenzo?
la duda me ofenderia.
Pero vosotros aqui
no participais, por dicha,
de mis raros pensamientos,
y no está bien que yo exija
que á donde voy por mi gusto
sin él los demas me sigan.
- AMALIA. A donde quiera que vayas
te seguirá tu familia.
- MARQUES. ¿Sin violencia?
- AMALIA. Sin violencia,
con la mayor alegría.
- MARQUES. Y en ello me harás un bien
que no olvidaré en mi vida.
- AMALIA. ¡Un bien!... ¿por qué?...
- MARQUES. Porque noto
que á tu lado se disipan
esas sombras del gran mundo
que cuando estoy solo giran
en mi derredor, y siempre
me seducen, me fascinan.
¡Ah!
- AMALIA. Sí, en el campo tendremos
una vida mas activa:
la caza...

AMALIA. Sí, sí: y las flores...
 MARQUES. Hay allí preciosas vistas
 que copiarás, y es mas puro
 el aire que se respira.
 AMALIA. ¡Qué hermoso es eso, Luis!
 Dime, ¿cuándo es la partida?
 MARQUES. Si Lorenzo no se opone,
 ahora mismo...

ESCENA V.

DICHOS y GINES.

GINES. ¿Señorita?
 AMALIA. ¿Qué es eso?
 GINES. Ha parado un coche
 á la puerta, y para usia
 esta tarjeta un lacayo
 me ha entregado...
 AMALIA. ¿Yo visitas!
 MARQUES. ¿De quién...
 AMALIA. (*Leyendo.*) «La Condesa viuda
 de la Palma...» Por mi vida
 que no recuerdo...
 GINES. Me dijo
 tambien que si recibia...
 AMALIA. Sí, que pase.—¿La Condesa (*Vase Ginés.*)
 viuda de la Palma?... enigma
 es todo esto para mí...
 Como hace tan pocos dias
 que estoy en Madrid, no tengo
 ni relaciones, ni amigas...
 MARQUES. Pronto saldrás de esas dudas...
 aqui llega.
 AMALIA. (*Saliendo al encuentro de la Condesa.*)
 ¡Ah!... ¡Carolina! (*Se abrazan.*)

ESCENA VI.

AMALIA. LA CONDESA. EL MARQUES.

CONDESA. ¡Amalia!... ¡broma completa!

- AMALIA. Sí, pero muy de mi agrado.
 CONDESA. ¡Cuán poco en mí habrás pensado
 al recibir mi tarjeta!...
- AMALIA. Era un secreto profundo
 para mí...
- CONDESA. No tiene duda.
 AMALIA. Que eras condesa.
 CONDESA. Sí, y viuda.
 AMALIA. ¡Qué pronto!...
- CONDESA. Cosas del mundo.
 Pues querida, ya lo ves;
 yo siempre pensando en tí...
 (*Mirando con coqueteria al Marqués.*)
 ¿Es tu primo el Marqués...?
- AMALIA. Sí.
 MARQUES. (*Saludándola turbado.*)
 Señora... (¡Qué bella es!)
 CONDESA. (¡Novicio!) ¡Qué retirado,
 Marqués, vive usted del mundo!
- MARQUES. Es... que... sí... por... (¡me confundo!)
 CONDESA. (¡Ay, qué gracia!... se ha turbado...)
 Dícenme que usted estima
 la soledad...
- MARQUES. Mi afición...
 CONDESA. Pero, amigo, no es razon
 que esclavice usted á su prima...
- MARQUES. ¡Yo! ¿Condesa?
 CONDESA. Yo no sé...
 eso dicen por ahí...
 pero á ver que estoy yo aqui
 y yo lo remediaré.—
 Si á usted le place el retiro,
 allá usted, nadie le obliga...
 pero respecto á mi amiga
 hay que tomar otro giro.
 Pues no es cosa... ¡vaya un duo!
 Una jóven con belleza,
 de la mas alta nobleza,
 viviendo aqui como el buho...
 ¡Qué horror!
- AMALIA. No... por él...
 MARQUES. Por mí...

CONDESA. Dejémoslo estar, Marqués,
que ya veremos despues
lo que hemos de hacer aqui.
Hablemos, querida mia,
de aquellas dulces memorias
de nuestra infancia; ¡qué historias
las nuestras!... ¡quién lo diría!...

AMALIA. La mia ya la sabrás;
murió mi padre en Paris.

CONDESA. Sí, y volviste á tu pais.

AMALIA. La tuya, tú me dirás.—

CONDESA. Tambien la mia es bien corta...

sí, poco te cansaré,
porque solo te diré
aquello que mas importa.

Ya sabes que del convento
donde á ambas nos educaron,
mis parientes me sacaron
al pactar mi casamiento.

Quedó el negocio concluido:

con el conde me casé,
y antes del año enviadé...
pero heredé á mi marido.

Rica y libre á no dudar,
me encuentro tan bien, querida,
que paso la mejor vida
que puedes imaginar.

Tengo aqui mil amadores
en torno mio zumbando,
que me obligan á ir pisando
sobre una alfombra de flores.

Luego el viajar me electriza,
y cada año, bella Amalia,
me voy á Francia ó á Italia,
á Inglaterra ó la Suiza.

¡Pues! siempre en actividad,
la tengo como ninguno...

vuelvo y en casa reuno
la mas alta sociedad.

El rato se pasa bien:
concorre allí lo mas bello...
se canta... en fin, es aquello,

segun dicen, un Eden.
 Todo esto pasa por mí,
 y esta es mi historia cumplida:
 ¿qué te parece mi vida?
 ¿es de tu agrado?

AMALIA. ¡Oh! sí, sí.

MARQUES. (¡Qué encantadora muger!)

CONDESA. Pues yo quiero, Amalia bella,
 que tú participes de ella...
 y no me atrevo á ofrecer
 al señor Marqués lo mismo,
 pues dicen que es á su edad
 tan dado á la soledad
 que ya raya en fanatismo.

MARQUES. ¡Ay! no hay tal, señora mia,

al contrario... nada de eso...
 si el gran mundo es mi embeleso...

CONDESA. ¿Con que sí?... ¡yo bien decia!...

con tan brillante fortuna
 y juventud... ¡claro está!

pero como usted no va,
 que yo sepa, á parte alguna...

MARQUES. No es por falta de deseo;

pero el tutor...

CONDESA. ¿Es adusto,

y usted se encierra á su gusto?

tutor... ¡magnífico empleo!

¿Es decir que á mi pesar
 y aunque doy baile mañana,
 me quedaré con la gana

de que usted me vaya á honrar...

MARQUES. Iré, señora...

CONDESA. Marqués,
 tendré mucha complacencia...

pero pida usted licencia,

porque si el tutor despues...

MARQUES. Condesa, no se opondrá,

porque recibo un honor...

CONDESA. Usted verá lo mejor

y segun ello obrará.

No sé como hay quien resista

esa vida de cartujo...

- ¿Y tú, qué te haces?
- AMALIA. Dibujo...
- CONDESA. ¡Oh! ya serás gran artista...
- AMALIA. No por cierto, aunque me pesa.
- CONDESA. Modestia conmigo, bien :
yo he dibujado también,
ya sabes... ¡Hola!... tu mesa (*Se levanta.*)
y encima de ella unos cuantos
dibujos... mucho me agrada.
(*Dirigiéndose á la mesa.*)
- AMALIA. No los mires.
- CONDESA. Nada, nada,
quiero ver tus adelantos.
- AMALIA. Te ruego...
- CONDESA. Deja...
- AMALIA. (Eso es,
y verá...)
- CONDESA. (*Examinando el dibujo que ha estado traba-
jando Amalia.*)
- ¿Haces este ahora?
- ¡Ay! ¡tú eres esta pastora!
y este cupido... ¡el Marqués!
- ¡Cómo!
- MARQUES. (¡Ya no hay esperanza!)
- AMALIA. Es tan claro como el día...
- CONDESA. ¿De veras? pues no sabia...
- MARQUES. ¡Completa es la semejanza!
- CONDESA. Por hacer algo... un capricho...
- AMALIA. ¿Tan poca importancia das...
- CONDESA. ¿un capricho... y nada mas?
- AMALIA. No, nada mas... ya te he dicho...
- CONDESA. ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Dios poderoso!
y hay palomas por allí...
con su lazo... es bello, sí,
el caprichito dichoso.
Mas te diré mi opinion
si oírla no te incomoda...
mira, ya no está de moda
tu linda composicion.
Bien se ve lo que deseas;
mas las palomas, los nidos,
pasaron con los cupidos

las Cloris y Galateas.
Y es necesario vivir
con el tiempo, Amalia mia,
tu composición haria
hoy á cualquiera reir.
Por lo demas, yo te digo
que me encanta... sí, esto es...

¿qué dice el señor Marqués?

¿Usted no opina conmigo?

MARQUES.

Con efecto... ¿Cómo no...

CONDESA.

Sí señor, ¿qué duda tiene?

¿Oyes? tu primo conviene
con lo que te he dicho yo.

AMALIA.

No será advertencia vana.

CONDESA.

No olvides nuestro consejo...

y á Dios, Amalia, te dejo...

que no me faltes mañana.

(*Deteniendo á Amalia que quiere acompañarla hasta la puerta.*)

¿Cumplidos entre las dos?
quédate.

AMALIA.

No, sino es...

CONDESA.

(*Dando la mano al Marqués.*)

Basta que lo haga el Marqués...

MARQUES.

Sí, Condesa...

CONDESA.

Adios, adios. (*A Amalia.*)

ESCENA VII.

AMALIA. *Despues el MARQUES.*

AMALIA.

¿Qué pasa por mí?... ¿qué es esto?

Dios mio... ¡cuántos sonrojos!

¿Es posible?... ante sus ojos

¡qué en ridículo me ha puesto!

Y yo que... ¡triste de mí!

llegué un tiempo á imaginar...

pero, ¿quién pudo esperar

que me tratarán así?

Maldiga el cielo la hora

en que el dibujo empezé...

mis pinceles romperé...

MARQUES. (¡Hay muger mas seductora!)
 AMALIA. A Dios trabajos perdidos
 de vosotros se mofaron...
 MARQUES. ¡Amalia!... ¿qué haces...
 AMALIA. Pasaron
 las pastoras, los cupidos...
 MARQUES. Mas ¡tente!... ¿por qué severa
 rasgas dibujos tan bellos?
 AMALIA. No quiero, Marqués, que de ellos
 se vuelva á reir cualquiera.
 MARQUES. ¡Ah! perdona, Amalia hermosa.
 Yo ignoraba... sorprendido...
 AMALIA. Si, bien, Marqués no te pido...

ESCENA VIII.

AMALIA. EL MARQUES. GINES.

GINES. El vizconde de la Rosa. (*Vase.*)
 AMALIA. Me voy...
 MARQUES. Oye...
 AMALIA. ¡No!...
 MARQUES. (*Queriendo detenerla.*) Primero...
 AMALIA. Alguien viene.
 (*Vase precipitadamente por la izquierda del fondo, á tiempo que por la derecha aparece el Vizconde; ambas se saludan.*)

ESCENA IX.

EL MARQUES. EL VIZCONDE.

VIZCONDE. Señorita...
 (¡Oh!... ¡qué cosa tan bonita!...)
 ¡Querido Luis!...
 MARQUES. ¡Calle!... ¡Antero!
 ¿Tú en Madrid?
 VIZCONDE. Por mi desgracia,
 porque esto es un aquellarre...
 Hace poco que he venido

de las orillas del Támesis...

MARQUES.

Me alegro...

VIZCONDE.

Dime, Luis:

¿quién es ese hermoso ángel
que á la entrada he saludado?

MARQUES.

Amalia, mi prima...

VIZCONDE.

¡Diantre!

¿Es la hija de tu tío
el baron de Cinco Valles?

MARQUES.

La misma.

VIZCONDE.

¡Cosa mas bella!...

vaporosa y confortable...

¡Oh!... es lo mejor que yo he visto
desde el Garona hasta el Ganjes.

¿Cómo es que está en esta casa?

MARQUES.

En Paris murió su padre,
y siendo yo aqui el pariente
mas cercano, en sus instantes
postreros, á mi tutor
le rogó que se encargase
del cuidado de su hija
y de sus bienes...

VIZCONDE.

¡Buen lance!

MARQUES.

Y hasta que ella tome estado
y ponga casa...

VIZCONDE.

¡Vergante!...

hay hombres de una fortuna
estupenda, formidable...

¿y es todavia tutor
aquel lacayon de enantes?

MARQUES.

¿Quién dices...

VIZCONDE.

Aquel Lorenzo...

MARQUES.

Te suplico que le trates
con mas respeto... él al fin...

VIZCONDE.

Chico... ¡estás edificante!
el primerito eres tú
que he visto á quien no le agrada
hablar mal de los tutores...

MARQUES.

Me ha criado... no lo estrañes.

VIZCONDE.

Y te mima el marrullero,
y te adula y te complace,
y contigo y la primita

- el pobre ni entra ni sale...
 MARQUES. ¡Eh! yo no pienso...
 VIZCONDE. ¡No piensas!...
 ¿no te cuidas...
 MARQUES. ¡Disparate!
 ¿Yo, Antero, abusar de quien
 aquí ha venido á ampararse...
 VIZCONDE. ¡Qué humilde, y qué de mal tono
 es eso!... ¡qué badulaque!
 Vamos, tendrás por ahí
 quien mas'la atencion te llame...
 MARQUES. No tengo aunque lo deseo;
 no voy á ninguna parte...
 VIZCONDE. ¡No visitas! Viajarás,
 ¿andarás como yo, errante
 por esos mundos de Dios!...
 haces bien, que te dé el aire;
 mas ¿cómo no te he encontrado
 en ninguno de mis viajes...
 MARQUES. Fácilmente, amigo mio,
 tú no has podido encontrarme
 porque jamás he salido
 de Madrid y...
 VIZCONDE. ¡Ay Dios... qué cafe!...
 ¡Desgraciado!... ¿qué me cuentas?
 ¿de los paternos hogares
 jamás salistes?
 MARQUES. Jamás...
 VIZCONDE. ¡Hombre!... ¡eso es imperdonable!
 Vamos... si no se concibe...
 yo que pensaba encontrarte
 en el centro del gran mundo
 hecho un adonis... ¿me sales
 ahora con que vejetas
 aquí lo mismo que un fraile?
 MARQUES. ¿Qué quieres?...
 VIZCONDE. ¡Qué horror! ¡qué horror!
 Hombre... por todos los ángeles...
 ¿nada sientes? ¿nada anhelas?
 ¿ó te han dado algun brebaje
 para apartar de tu mente
 esas plácidas imágenes

- que agitan la juventud
de los débiles mortales?
- MARQUES. No, Vizconde, que aqui siento
hervir con fuerza la sangre
cuando esas sombras tan bellas
miro ante mí desplegarse.
Pero mi tutor no quiere
que por ahora me lance
al gran mundo, porque dice
que hay peligros, que hay azares
para un jóven como yo...
- VIZCONDE. Por Dios, marqués, que no acabes.
Eso es ridículo, estúpido,
ultramontano... ¡salvaje!
¿la sociedad no frecuentas
por temor de disgustarle?
y de sociedad, de mundo,
¿qué entiende ese abencerrage?
- MARQUES. ¡Vizconde!... calla...
- VIZCONDE. ¡Eh! no quiero;
es preciso emanciparte
y que ocupes el lugar
que corresponde á tu clase.
Nacido para el gran tono
vives como un estudiante...
El trajecito que llevas...
¡pues! ¿quién te viste? ¿algun sastre
del país... mira; en Maguncia
me hicieron á mí este fraque,
en Liverpool el chaleco,
los pantalones en Nápoles.
¿Qué te parece? pues tú
no debes atras quedarte:
esos muebles están viejos;
arrójalos á la calle,
y que los quemem; pon otros
de mas valor, mas flamantes,
alfombra desde el portal,
colgaduras, cuadros grandes
que nos oculten los lienzos
de esos muros vergonzantes...
¿Qué apuestas á que no tienes

- ni caballos, ni carruages...
 MARQUES. Hasta ahora que yo sepa...
 VIZCONDE. Tu tutor piensa heredarte,
 y en tanto serás la fábula
 del mundo culto, elegante...
 y como nadie te trata,
 ni conocen tu carácter,
 creerán que vives así
 porque eres un miserable,
 un avaro.
- MARQUES. Y es verdad,
 harán bien en censurarme;
 no puedo seguir así,
 es fuerza que esto se cambie...
 VIZCONDE. Pero al momento, á galope
 hay que hacerlo: tú no sabes
 el tiempo que estás perdiendo.
 ¡Oh!... ¡qué preciosos instantes!
- MARQUES. Sí, tienes razón, Vizconde:
 sostendré sérios debates
 con Lorenzo, pero al fin
 mi gusto saldrá triunfante.
- VIZCONDE. Eso: te presentaré
 en los augustos alcázares
 de la moda y la elegancia;
 ¡verás allí qué deidades!
 ¡Oh! la condesita viuda
 de la Palma... es un arcángel...
- MARQUES. ¡Qué! ¿la conoces?
- VIZCONDE. ¡Muchísimo!
 nos hemos bañado en Bâden.
- MARQUES. ¡Cómo!... ¡bañado!...
- VIZCONDE. ¡No!... no
 materialices la frase...
 MARQUES. ¡Qué hermosa es!
- VIZCONDE. ¿También tú
 la conoces?...
- MARQUES. Ha un instante
 que estaba aquí...
- VIZCONDE. ¡La Condesa
 ha venido á visitarte!...
- MARQUES. A mi prima...

- VIZCONDE. ¿Y la has hablado?
- MARQUES. Sí, ¡qué talento!
- VIZCONDE. ¡Gigante!
¡colosal! ¡piramidal!
¡equinocial!... ¿no observaste
cuánta espresion en sus ojos...
qué maneras, qué modales
tan distinguidos...
- MARQUES. Sí, sí...
¡fascina!...
- VIZCONDE. ¿Te enamoraste!
- MARQUES. Vizconde, yo no lo sé;
pero esa muger...
- VIZCONDE. ¡En grande!
- MARQUES. Esa muger se parece
á la encantadora imágen
con que yo en mi soledad
mil veces soñé...
- VIZCONDE. ¡Admirable!
¡novelesco!... la Condesa
ha dado contigo al traste.
- MARQUES. Pienso que sí... pero ella...
¡es imposible!...
- VIZCONDE. ¡Eh!... ¡cobarde!...
- MARQUES. Vamos á ver, de esperanzas
¿cómo estamos?
- MARQUES. Para el baile
de mañana me ha invitado...
- VIZCONDE. ¡Hombre feliz y envidiable!!
¿Para el baile... ella... ¡en persona!
¿tienes valor de quejarte?
- MARQUES. Pues hay mas.
- VIZCONDE. ¡Hola! ¿aun hay mas?...
estoy por darte un atraque...
- MARQUES. A la salida...
- VIZCONDE. ¡Ji! ¡ji!
- MARQUES. Quiso que la acompañase
hasta el coche...
- VIZCONDE. ¡Eso es soberbio!
- MARQUES. Y en el tránsito...
- VIZCONDE. ¡Ah! ¡tunante!
- MARQUES. Un poco estreché su mano...

- VIZCONDE. ¿Y ella?
- MARQUES. Temo equivocarme...
- VIZCONDE. ¿Se enojó...
- MARQUES. Nada, al contrario...
mi apretón insinuante,
pienso que lo contestó
con otro aunque más suave.
- VIZCONDE. (*Entusiasmado.*)
¡Bravo!... ¡bravo!... ¡sublimísimo!
¡supremo! ¡incomensurable!
¿Eh? digo, el novicio, el nene,
qué manera de explicarse...
¡muchacho!... te valicino
un fortunon...
- MARQUES. No me halagues...
- VIZCONDE. ¡Chico!... estás predestinado
para empresas formidables.
Tú principias por donde otros
concluyen, y no te canses;
esa conquista, las puertas
de otras mil y mil te abre.
¡Oh! ya te veo y te admiro
en ese mundo brillante:
ya escucho, tu posesión
á unos y otros disputarse:
don Juan Tenorio á tu lado,
¿qué va á ser? un principiante...
¡Oh! ¡Marqués favorecido!...
- MARQUES. Por Dios que no me embriagues...
¿Crees tú que será posible
que la Condesa me ame...
- VIZCONDE. Dudarlo es un sacrilegio,
es una torpeza grave:
mañana me lo dirás
en el festín... ¡que no faltes!
- MARQUES. ¡Qué he de faltar! el primero
seré que aquellos umbrales
mañana en la noche pise
con firme planta.
- VIZCONDE. Adelante.
Pon al tutor en un brete,
y dile cuatro verdades...

MARQUES. Sí, le hablaré.
 VIZCONDE. Pero al punto,
 antes que el calor se pase...
 (Llamando fuerte.)
 ¡Lorenzo!... pronto, ¡Lorenzo!!
 ¡Qué de víctimas y altares
 á tus plantas derribados...
 ¡Lorenzo!... (Vuelve á llamar.)
 (Dentro.) ¡Señor!

LORENZO.
 VIZCONDE. Ya sale;
 te dejo: estoy aturdido
 con tan magníficos lances...
 A Dios, venturoso joven...
 á Dios, ¡poderoso Atlante!
 (Vase tarareando.)

ESCENA X.

EL MARQUES. LORENZO.

LORENZO. ¿Quién es este señorito?
 MARQUES. El Vizconde de la Rosa.
 LORENZO. ¡Ah!... ¡buena pieza, asombrosa!...
 MARQUES. Que se hable así no permito
 de quien es tan noble, y es
 mi amigo además.

LORENZO. ¡Oh!... sí;
 perdone usted, no debí
 faltarle, señor Marqués.—
 Paréceme que no ha mucho
 me ha mandado usted llamar...
 MARQUES. Sí, sí: tenemos que hablar.
 LORENZO. ¿Tenemos que hablar? ya escucho.
 MARQUES. Oye, y no te apesadumbres
 si me encuentras algo suelto...
 has de saber que he resuelto
 cambiar de vida y costumbres.
 LORENZO. No es mal principio, adelante.
 MARQUES. Quiero, si tú te conformas,
 que se hagan aquí reformas...
 pero al momento, al instante...

- LORENZO. ¿Cuáles... ¿se pueden saber?
- MARQUES. Te las diré poco á poco:
por de pronto, yo estoy loco
de amor por una muger. —
- LORENZO. Me parece bien, señor.
- MARQUES. Y esa muger es mi estrella,
y es noble, elegante, bella...
- LORENZO. ¿Todo eso?... tanto mejor. —
- MARQUES. Tengo en ir sumo interés,
por ver su faz soberana,
al baile que da mañana.
- LORENZO. ¿Se puede saber quién es?
- MARQUES. El astro de la nobleza...
la conocerás, sin dudá;
es la condesita viuda
de la Palma...
- LORENZO. ¡Buena pieza!
- MARQUES. ¡Lorenzo!
- LORENZO. Se me escapó
otra vez, mucho lo siento:
prosiga usted con su cuento
que despues entraré yo. —
- MARQUES. Quiero reforma completa:
para mañana en la noche
quiero caballos, un coche
y un buen trage de etiqueta.
¿Estás?... no quiero ser menos
que nadie: quiero tambien
otros muebles, otro tren...
- LORENZO. ¡Pues si estos están muy buenos!...
- MARQUES. No hay ninguno que bien cuadre
á mi clase, ni á mi estado...
- LORENZO. Todos ellos han prestado
servicios á su buen padre...
- MARQUES. No importa; son de mal gusto:
esa moda ya pasó...
y háyanles servido ó no,
esto quiero.
- LORENZO. Eso es muy justo.
- MARQUES. Ya lo sabes; ten paciencia:
habrá que gastar, no importa:
tambien mi hacienda no es corta...

LORENZO. ¿Ha concluido su escelencia?
 MARQUES. ¿El tratamiento?—;Está bueno!...
 echa á un lado.

LORENZO. No echaré:
 es preciso que aqui esté
 cada cual en su terreno.—
 Coches, caballos, gran trage,
 otros muebles, tren mayor,
 y ademas loco de amor...
 es un bonito equipaje.
 Es decir que al empezar
 á querer con tal vehemencia,
 sin duda ha dicho vucencia...
 soy rico, vóime á arruinar.
 ¿Para qué sirve el dinero?
 para tirarlo, es corriente...
 no hay mas que un inconveniente;
 que yo tirarlo no quiero.

MARQUES. No se trata de tirar;
 de gastar lo que es preciso:
 estoy en un compromiso,
 y me quiero presentar
 como corresponde, ¡pues!

LORENZO. ¡Oh! sí, la idea es hermosa;
 pero no es difícil cosa
 que la halle horrible despues.

MARQUES. Esa es una impertinencia;
 aqui no hay peligro...

LORENZO. Háile.

MARQUES. Pues bueno; quiero ir al baile.

LORENZO. No vaya al baile vucencia.

MARQUES. ¡Oh!...

LORENZO. Entienda bien el desvelo
 de un hombre en intrigas ducho...
 que sea me temo mucho
 ese baile algun anzuelo...

MARQUES. ¡Esto mas, cielos sagrados!...

LORENZO. En el mundo la inocencia
 la paga siempre, y vucencia
 tiene aun los ojos cerrados.—

MARQUES. Pensando estás mal ahora
 de una dama respetable;

mas sabe que es muy probable
que llegue á ser tu señora.
¿Entiendes, Lorenzo?

LORENZO.

¡Vá!

no puede ser.—

MARQUES.

¿Por qué no?

LORENZO.

¿Por qué? porque tengo yo
casado á vucencia ya.

MARQUES.

¡Casado!...

LORENZO.

¿Qué duda tiene?

MARQUES.

¿Y así de mí se dispone?

LORENZO.

Así, vucencia perdone...

MARQUES.

¿Con quién...

LORENZO.

Con quien le conviene.

MARQUES.

Dejemos esta cuestion.

LORENZO.

Dejémosla, no resisto.

MARQUES.

Lo que es por ahora, insisto
en mi determinacion.

LORENZO.

Y yo tambien en mi plan.

MARQUES.

Pues bueno: me empeñaré,
á mis amigos iré,
y sus arcas me abrirán.

LORENZO.

Señor Marqués... ese medio...

MARQUES.

Será todo lo que quieras,
pero lo usaré.

LORENZO.

¿De veras?

¿sin remedio?

MARQUES.

Sin remedio.—

LORENZO.

Siento que se haya torcido
el buque con tal vaiven:
por lograr que andára bien
hice aqui cuanto he podido.
La responsabilidad
no será por consecuencia
mia, sino de vucencia,
cúmplase su voluntad.

MARQUES.

¡Eso! ¡eso!... ¡gracias á Dios
que al fin estás razonable!

LORENZO.

Quién es aqui el mas culpable
veremos despues los dos.

MARQUES.

¡Eh!... no cabilés: por mí
te digo que no me pesa...

¡veré al fin á la Condesa!...
 ¡Oh!... ¡qué delicia!... ¡vencí!...
 Con que á un lado los enojos
 y lo dicho.

LORENZO.

Bien, lo haré.

MARQUES.

¡Ah!... ¡gracias!

LORENZO.

(No apartaré
 de tí un instante los ojos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

En el fondo el exterior de la casa de la condesa viuda de la Palma. A la altura conveniente balcones ó ventanas grandes que dejen ver la luz de los salones de baile: en la planta baja una puerta con escalinata por la que se descende al jardín de la casa. Este se estenderá á derecha é izquierda del teatro, ocupando el centro un estenso emparrado en forma de bóveda, debajo del cual habrá dos filas de asientos de mármol. A la izquierda un elegante pabellon con ventana abierta en frente del público: el jardín estará iluminado. Luces en el pabellon. Música lejana en el interior de la casa.

Al levantarse el telon aparecen Julia, Carlota y varias señoritas en traje de baile, ocupando los asientos de piedra: algunos caballeros de pie y á su lado sirviendolas el refresco. Tres ó cuatro lacayos con librea de gala, circulan con bandejas de helados, bizcochos, dulces, etc., etc. El Vizconde baja por la escalinata.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. CARLOTA. JULIA. SEÑORITAS. CABALLEROS y LACAYOS.

VIZCONDE. Se me escapó... no la encuentro...
á ver si está por aquí...
¡Hola!... muy bien, señoritas,
¿refrescando en el jardín?
Perfectamente entendido;

á otro tanto descendí...
 porque arriba hace un calor
 que no se puede sufrir.
 ¡Qué noche tan deliciosa!
 ya se vé, á fines de abril...
 y este airecillo tan puro
 que nos trae á la nariz
 las riquísimas esencias
 de la rosa, el alelí...
 es media vida... ¡Eh! muchacho, (*A un lacayo.*)
 á ver dame ese arlequin...

(*Sigue hablando en el centro de la escena y tomando el sorbete.*)

Pues, como digo; esto es bello,
 y es preciso convenir
 en que la condesa tiene
 un gusto, que ni en París
 se encuentra mas refinado.
 Es verdad que por ahí
 ella ha podido estudiar
 ¡ha visto tanto pais!
 Ha estado en Venecia, Holanda,
 en Londres... y en otras mil
 partes, y ha descubierto
 el secreto de lucir.
 ¿Carlota?

CARLOTA.
 VIZCONDE.

¿Qué, vizconde?
 Aun tengo clavado aquí
 el pisoton que te he dado
 valsando... ¡Soy un rocin!

CARLOTA.
 VIZCONDE.

¡Eh! ya pasó, no fué nada.
 Hija, tú ¿qué has de decir?...
 mas yo sé que fué mayúsculo...
 ¡qué demontre! me escurrí...
 como la alfombra es tan nueva,
 por alcanzar á Luis
 tomé demasiado vuelo...
 y el equilibrio perdí.

¿Bella Julia?... y esta noche
 ¿no nos hará usted oír
 su mágica tirolesa?

JULIA.

Es muy probable que sí.

tantos me ruegan que al cabo
me tendré que decidir...

VIZCONDE. Yo tambien uno mis súplicas
á las de ellos...

JULIA. Bien, por mí...
mas no sé que gusto tienen
en hacerme repetir...

VIZCONDE. Usted ignora sin duda,
Julia donosa y gentil,
el efecto que producen
sus labios de serafin.

VIZCONDE. ¡Qué lisongero!...

JULIA. No, no:

lo digo porque es así...

(Lo mismo canta que un gato...)

(Dejando el sorbete en la bandeja.)

(Pero es fuerza...)

(Baja el Marques por la escalinata y se reune con el Viz-
conde.)

¡Hola!... ¡Amadis!

(Las damas y caballeros se retiran por la escalinata unos
en pos de otros.)

ESCENA II.

EL VIZCONDE. EL MARQUES.

MARQUES. ¿Y la condesa?

VIZCONDE. No sé...

¿Y tu prima?

MARQUES. Qué sé yo.

VIZCONDE. Del salon se escabulló
y no sé adonde se fué...

en alas de mi esperanza

la he buscado sin cesar,

porque tiene que bailar

conmigo una contradanza...

mas yo daré con el nido

porque soy de los mas fuertes...

¿Y bien, Marqués, te diviertes?

MARQUES. Sí, sí; estoy muy divertido...

VIZCONDE. Yo no te he podido ver...

me puse á coquetear ..
Vamos, ¿qué has hecho.

MARQUES. Jugar.

VIZCONDE. Jugar, ¿y luego?

MARQUES. Perder.

VIZCONDE. ¡Ps! todos hemos jugado...

nos llevan como peonzas...

á mí me costó mil onzas

el año de noviciado.

MARQUES. Yo en mi primera jugada

he perdido unas quinientas...

VIZCONDE. Y eso, ¿qué es para tus rentas?

MARQUES. ¡Qué dirá Lorenzo...

VIZCONDE. ¡Nada!

se amoscará... ya se vé,

dirá que no tienes juicio,

y clamará contra el vicio....

y abonará el pagaré.

¿Quién ha sido el contriicante?

MARQUES. Ese maldito baron

de la Puente.

VIZCONDE. Es un dragon...

MARQUES. Es un necio, es un pedante.

VIZCONDE. Furiosamente maldices...

MARQUES. No creas que lo maldigo

porque me ganó; lo digo...

VIZCONDE. Sí; ya sé porque lo dices.

Vamos... dime la verdad;

¿haber notado te pesa

que hay entre él y la condesa

cierta familiaridad?

MARQUES. No sé, vizconde; por mí

te aseguro sin cuidado

que es hombre que me ha chocado

desde el punto en que le ví.

Me inspira un horror profundo

con su airecillo burlesco,

su tono, su presuncion...

VIZCONDE. ¡Oh!... ¡es hombre de mucho mundo!...

MARQUES. Pues que no se acerque á mí,

porque yo novicio y todo

le daré á entender...

y creeme, porque me fundo:
 no harás carrera en el mundo
 si sigues pensando así.
 ¡Pues!... de tí se burlarán
 si das en ser hombre atento,
 considerado... al momento
 echa á un lado el ¡qué dirán!
 No permitas que te venza
 el Barón; audacia y prosa...
 para maldita la cosa
 que sirve aquí la vergüenza.
 La timidez digo, ¿estás?
 el encogimiento... bueno:
 quien aquí pierde terreno
 no lo recobra jamás.
 Bien, pero yo...

MARQUES.
 VIZCONDE.

 Pero tú...
 haces todo lo contrario:
 que tienes un adversario,
 pues bien, dalo á Belcebú.
 Que te sale muy audaz
 con una broma picante...
 otra tú mas insultante;
 y al punto os quedais en paz.
 —«¿Quiere usted jugar, Marqués?»
 —No.—¿Por qué?—Porque no quiero;
 «estoy bien con mi dinero.»—
 se le dice, y si despues
 te se insolenta el Barón
 y está en sus pullas pesado,
 cuando esté mas descuidado
 se le planta un pisoton.
 —«¡Ay!»—dirá; tú te sonries,
 él comisiona á un amigo
 que se entenderá conmigo...
 y así la sangre le fries.
 Mañana con gran presteza
 salimos, nos paseamos
 y todos cuatro admiramos
 la bella naturaleza.
 Por cumplir soltais allí
 dos tiros que van al cielo...

—«¡Eh!... basta!»—Y acaba el duelo en la fonda de Lardy.

MARQUES. Pero eso siempre será una farsa, y yo rehusó...

VIZCONDE. —Hombre si está puesto en uso; dejémoslo como está. — No pierdas tiempo, al salon; verás como no te pesa... anda, obsequia á la Condesa y hazle rabiár al Baron.

MARQUES. Presumo que no está allí, por do quiera la he buscado...

VIZCONDE. No, pues tampoco ha bajado que yo sepa, por aquí. Paréceme que ha de estar con tu prima.

MARQUES. Puede ser.

VIZCONDE. Pues bueno, vamos á ver si las podemos hallar. Búscalas por el salon mientras yo corro hasta el fin de este florido jardín...

MARQUES. Pero...

VIZCONDE. ¡Cuánta dilacion!...

(Llevándosele hacia la escalinata.)

MARQUES. Mas...

VIZCONDE. La noche aprovechemos: vete en busca de esas bellas; si logro yo dar con ellas en el salon nos veremos.
(Le hace subir por el fondo.)

ESCENA III.

EL VIZCONDE.

Este muchacho no pára en bien, se lo vaticino: tiene un modo de pensar tan escéntrico y antiguo... que... pues señor, ya estoy solo, con mi gusto me he salido,

y así podré á la primita
 darle caza... ¡oh!... y es preciso
 que la Condesita y ella
 esten por aquí: yo he visto
 que el salon dejaron ambas
 y que bajaron... ¡Magnífico!
 ¿quién lo duda? en el jardín,
 aquí están de tapadillo...
 ¡á sorprenderlas!... no pueden
 todavia haber subido...
 Voy, voy, ¡já!... ¡já!... ¡mas qué diablos!...
 es tan grande este maldito
 jardín... á ver, ¿en qué punto
 las hallaré?... ingenio mio,
 ¿adónde... ¡toma!... ¡Qué dudas...
 en el bosque de los tilos.
 Allí están las dos, allí,
 porque es el único sitio...
 las voy á asustar... me acerco
 paso á paso, muy quedito,
 y de pronto ¡jí!... ¡jí!... ¡jí!...
 voy á gozar de lo lindo.
 Al bosque; á la izquierda está:
 en marcha... ¡Si tengo un tino!...

(Vase por la izquierda y salen por la derecha la Condesa y Amalia, con dos lacayos detras.)

ESCENA IV.

LA CONDESA. AMALIA. LOS LACAYOS.

CONDESA. Ya has visto, Amalia, hasta donde
 se dilatan mis dominios:
 estamos en la glorieta.

AMALIA. Sí, por aquí hemos salido.
 ¡Grande y bello es tu jardín!

CONDESA. Hija, esto es un paraíso
 cuando principia este tiempo:
 bien, que no cesa el cultivo
 y por eso logro ver
 alternando á un tiempo mismo
 el sáuce, el ciprés, el plátano,

- el verde y pomposo tilo,
 con las rosas y jazmines
 y las parras de Corinto.
 Me envían de vez en cuando
 de los mejores plantíos
 de Italia y Francia, semillas
 que yo propia siembro y cuido...
 Me gustan tanto las flores
 que me hacen perder el juicio...
- AMALIA. A mí también: ya te acuerdas
 con cuánto esmero y cariño
 cuidaba en París las mias...
- CONDESA. Sí, sí: no he dado al olvido
 que llorabas cuando alguna
 te hurtaba del jardinillo...
 mas, ahora será justo
 que yo pague aquel delito:
 te enviaré todos los días
 para el tocador, ramitos
 de rosillas nacaradas,
 de violetas y jacintos.
- AMALIA. Te lo agradezco...
- VIZCONDE. (*A lo lejos.*) ¡Condesa!...
- CONDESA. ¿Me llaman?... pienso que he oído...
- VIZCONDE. ¿Condesita?...
- CONDESA. ¿Es el vizconde?
- AMALIA. Creo que sí...
- CONDESA. Pues no adivino...
- ¿Vizconde?
- VIZCONDE. ¡Gracias á Dios!
- ¿Dónde está usted?
- CONDESA. Amigo mío,
 en la glorieta.—Y usted,
 ¿dónde está?
- VIZCONDE. En el laberinto.
- CONDESA. ¿Qué hace usted?...
- VIZCONDE. ¿Qué hago?... Rabiarse.
- CONDESA. ¿Por qué?
- VIZCONDE. Porque me he perdido.
- CONDESA. ¡Já!... ¡já!... ¡já! ¡Pobre Vizconde!
 Venga usted...
- VIZCONDE. ¡Dale!... no atino

con la salida.

CONDESA.

¡Já!... ¡Já!...

VIZCONDE.

Se rie usted... y yo brinco...

CONDESA.

Siempre á la izquierda...

VIZCONDE.

¡Qué izquierda!...

y ¿cuál es mi izquierda?...

CONDESA.

¡Lindo!

ya no sabe donde tiene
la mano izquierda... Francisco,
Manuel, andad y sacadlo...

(Vanse los lacayos por donde salió el vizconde.)

En mi vida me he reído
con mas gusto... ya se vé
un lance tan imprevisto...
¡El buen Vizconde enjaulado
como un... ¡Já!... ¡já!...

ESCENA V.

LA CONDESA. ANAÏNA. EL VIZCONDE.

VIZCONDE.

¡Me he lucido!

¿Todavía la risita?...

Condesa, seamos amigos:
que quiere usted... una desgracia
que á cualquiera... le suplico
por Dios y todos los santos
qué no me ponga en ridículo...

CONDESA.

Pero hombre... ¿Cómo ha hecho usted...

VIZCONDE.

Eso es lo que no me esplico:
en busca de ustedes iba
hácia el bosque de los tilos...

CONDESA.

¡Por ahí!

VIZCONDE.

¿No es por ahí?...

CONDESA.

No, por allí.

VIZCONDE.

¡Es exactísimo!...

(Recapitando un poco.)

¡Qué torpe!... Vamos, erré
de medio á medio el camino.
Otra vez tendré presente...
pero nada se ha perdido,
al cabo logré mi objeto...

- CONDESA. Aunque ha costado carillo...
- VIZCONDE. Poca cosa... y bien, Amalia,
¿me cumple usted lo ofrecido?
- AMALIA. ¡Ay!... no recuerdo...
- VIZCONDR. ¿Es posible?
me aflige usted al decirlo...
aquella contradancita...
- AMALIA. Tiene usted razón...
- VIZCONDE. ¿No digo?
¡Qué pronto que olvida usted,
Amalia, sus compromisos!...
- AMALIA. Es de tan poco valor...
- VIZCONDE. ¡Oh!... Para mi de infinito...
- CONDESA. Apruebo, apruebo, señores,
¡excelente, amigos míos!
Ya sabe usted, picaruelo,
elegir... le felicito...
- VIZCONDE. ¡Ay Condesa! todavía
no han logrado mis suspiros
ablandar el duro mármol...
- CONDESA. ¡Ps!... Dice un refran antiguo
que Zamora en una hora
no se ganó...
- VIZCONDE. ¡Eso es divino!
- CONDESA. A mas que el señor Vizconde
es á mis ojos muy digno...
- VIZCONDE. Me abrumba usted...
- CONDESA. (*A Amalia.*) ¿No es así?...
- AMALIA. ¡Carolina!...
- CONDESA. Bien, no insisto...
- VIZCONDE. Es lo mejor... ¿Oye usted (*A Amalia.*)
los acordados sonidos
de la orquesta?... La ocasion
es oportuna... y le brindo...
(*Ofreciendo el brazo.*)
¿Te quedas? (*Aceptándolo.*)
- VIZCONDE. ¿No quiere usted
venir á aumentar el brillo?...
- CONDESA. No será mucho, id delante
que no tardaré en seguirlos.

(*Amalia y el Vizconde se van por la escalera.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA.

Muy bueno: si yo fomento
 estos amores, consigo
 que el Marques y Amalia sean
 nada mas... que buenos primos.
 Buen muchacho es el Marques...
 sí, sí; pero es tan novicio...
 ¡eh!... ¿qué importa? con el tiempo...
 es despejado, muy listo
 y puede llegar si quiere
 á ser de la córte el ídolo.
 Y me ama... sí... veamos
 si por medio de él me libro
 de ese Baron de la Puente,
 mi ángel malo, mi martirio...
 ¡Qué bromas las de esta noche!...
 ¡Oh! ¡Qué hombre tan corrompido!
 (*Sale Lorenzo por detras del pabellon.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA. LORENZO.

LORENZO. Muy buenas noches.
 CONDESA. ¿Quién?
 LORENZO. Nada,
 señora; su servidor
 Lorenzo Robles, tutor
 del Marqués de la Alborada.
 CONDESA. Perdone usted mi sorpresa...
 pienso que jamás le vi,
 ni le he invitado...
 LORENZO. Es así,
 cabal, señora Condesa.
 CONDESA. Mas... le encuentro en la funcion,
 y si usted ha recibido
 esquila... sin duda ha sido
 alguna equivocacion...

- LORENZO. No, nada de eso ha pasado, ¿estamos?... No recibí la tal esquila, ni aquí estoy como convidado. Yo no peco de ignorancia, porque sé, y no desde ahora, que de usted á mí, señora, hay muchísima distancia. No soy conde ni marqués: conque está el cuento acabado; á haberme usted convidado, no hubiera puesto los pies...
- CONDESA. Los nobles entre los nobles, ¿no es así? Bien discurredo: sepamos á qué ha venido el señor... Lorenzo Robles.
- LORENZO. A una cosa, que á mi ver muy en el orden está, y que usted al fin me hará el honor de conceder... Hay nobles que entre otros nobles se pierden... ¿Qué duda tiene? y para evitarlo, viene el señor... Lorenzo Robles.
- CONDESA. ¡Jesus, cuánta oscuridad! Penetrarla no me es dable al menos mientras no hable usted con mas claridad.
- LORENZO. ¿Oscuridad, éh? ¡Pardiez!... ¿mas claridad?... no me espanta... pues le voy á hablar con tanta que no le agrade tal vez...
- CONDESA. Mire usted que si me pesa... no saldrá usted bien librado...
- LORENZO. ¡Oh! sobre eso no hay cuidado.
- CONDESA. Bien, bien.
- LORENZO. Señora condesa, con el mas vivo interés y con la humildad mayor, ¿quiere usted hacerme el favor de dejar libre al Marqués?
- CONDESA. ¿Delira usted?

LORENZO.

No señora,
 en mi juicio no vacilo...
 yo he sido con mi pupilo
 muy venturoso hasta ahora.
 Se me alcanza algo de mundo,
 soy hombre experimentado,
 y por eso lo he criado
 en un retiro profundo.
 Esto para hablar dió pie,
 y sin oír mis razones
 en los brillantes salones
 por un tirano pasé...
 y acaso por algo más;
 pero yo como llenaba
 mi deber, no me importaba
 la opinion de los demas.
 Hubo quien compadeci6
 tanto ya al Marqués recluso,
 que al gran mundo se propuso
 sacarlo, y lo consiguió.
 Y hasta dicen que hubo apuestas...
 pero yo en esto me lavo
 las manos; ello es que al cabo
 cay6se la casa acuestas.

¿Y qué ha sacado el Marqués
 del mundo, señora mia?
 Lo mismo que yo decia
 disgustos sin tasa, pues;
 y va á verse en mil apuros...
 por pundonor ha jugado
 esta noche y le han sacado
 de un tiron ocho mil duros.

CONDESA.

No sé si eso es cierto ó no,
 porque no debo ocuparme...

¿Viene usted á demandarme
 que se los devuelva yo?

LORENZO.

Yo no pretendo jamás
 imposibles, no señora:
 yo solo pretendo ahora
 que no vuelva á perder más.

CONDESA.

¿Quién mejor de tanto ahogo
 que usted, hoy puede sacarle?

- ¿Tiene mas que aconsejarle?
 ¿No es usted su pedagogo?
 LORENZO. Pero se ofrece un obstáculo;
 que aunque consejos le doy
 no hace caso de ellos hoy
 porque hoy usted es su oráculo.
 CONDESA. Es decir que usted su bien
 le aconseja y yo su mal,
 ¿no es esto todo?
- LORENZO. Cabal.
 CONDESA. Me asombra...
 LORENZO. Y á mí tambien.
 CONDESA. Usted ha dado al olvido...
 por mi gran condescendencia...
 sin duda, que está en presencia
 de una dama... Hemos concluido.
 (*Le señala la salida.*)
- LORENZO. No, no señora, á mi edad
 eso no me sobresalta;
 yo sé que á nadie se falta
 cuando se habla la verdad.
 Y una vez el dique roto...
 no espere usted que me asombre
 con su indignacion... á este hombre
 no lo mueve un terremoto.
- CONDESA. Pues le moverá el rigor
 de mis lacayos, veremos...
- LORENZO. Muy bien, señora, y daremos
 un escándalo... es mejor
 que usted se digne escuchar
 con calma mi ruego... sí,
 porque yo he venido aqui
 nada mas que á suplicar...
 Y bien...
- CONDESA. Y bien, ya le he dicho
 LORENZO. lo que al buen Marqués le cuesta
 haber venido á la fiesta...
 y todo ¡por un capricho!
 Perder asi... es un dolor...
 es rico, y sin duda alguna
 dueño es él de su fortuna;
 mas... no es esto lo peor.

Hay un Baron de la Puente
que es jóven, atolondrado,
corrido, andaz, depravado...
y tirador escelente.

De todo el mundo es sabido
que este señor, sino ahora,
un tiempo de usted, señora,
la atencion ha merecido.

Nuestro Marqués inocente,
miró á usted, y al punto... pues,
la amó; y hé aqui al Marqués
con el Baron frente á frente.

El Baron en mi sentir
habrá dicho allá en su juicio...

«Este chico es un novicio,
pues me voy á divertir.»

¡Pues!... y lo conseguirá,
sí señora, por el pronto...

pero el Marqués que no es tonto...
al cabo comprenderá...

Y no hay que decirme ahora
que son pronósticos vanos:
ellos vendrán á las manos
y... medite usted, señora.

CONDESA.

No sé como responder
su inaudita pretension;
si con risa ó indignacion.

LORENZO.

Señora, usted lo ha de ver...

CONDESA.

Pues bien, sí señor, lo ví;
y porque dejemos esto,
lo que ahora le contesto
es que salga usted de aqui.

LORENZO.

Señora, esa obstinacion
nos puede ser muy funesta.

CONDESA.

No espere usted mas respuesta.

LORENZO.

¿No escucha usted la razon?

CONDESA.

Basta ya.

LORENZO.

Bueno, lo siento...
nos veremos, y... ¡pardiez!...

CONDESA.

¿Me amenaza usted?

LORENZO.

Tal vez.

CONDESA.

Al punto de aqui...

LORENZO.

Al momento.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL BARON.

BARON.

¿Qué es esto? ¿aquí una pendencia?

CONDESA.

No es nada, que este criado...

Haga usted lo que he mandado.

LORENZO.

Bien, obedezco á vuecencia.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA IX.

LA CONDESA. EL BARON.

BARON.

Vaya, vaya; no creí,
hermosísima Condesa,
encontrarla tan airada
en esta linda alameda.

CONDESA.

¿Y por qué, señor Baron?

BARON.

No cause á usted estrañeza
el que asi lo imaginára,
porque he notado su ausencia
del salon; el marquesito
en él tampoco se encuentra,
y creí que al resplandor
de la luna amarillenta
acaso oyendo estaria
del tierno doncel las quejas...

CONDESA.

Pues ya ve usted...

BARON.

Sí, ya veo,

y he visto mas que quisiera.

CONDESA.

No comprendo ese language:
usted con indiferencia
debe mirar, hace tiempo,
cuanto á mí me pertenezca.

BARON.

Sí señora, asi lo hago,
y será bueno que sepa
que para ello no tengo
que hacerme grande violencia.
Pero, ya ve usted, el mundo

que juzga por apariencias,
 dirá que fuí derrotado
 por quien hablar sabe apenas:
 que yo el Baron de la Puente,
 galan de tantas comedias
 he permitido á un rival,
 novel é inferior en fuerza,
 que á su capricho me arroje
 para siempre de la escena.
 Vamos, no sé como usted
 con su tacto y experiencia
 pudo olvidar un instante
 todas estas bagatelas...

CONDESA.

Baron... el mundo no ignora
 que se ha alzado una barrera
 hace tiempo entre los dos.

BARON.

Yo siento, bella Condesa,
 que imagine usted que á mí
 me satisface esa idea.
 El mundo no sabe mas,
 que admitió usted las ofrendas
 que coloqué en sus altares:
 que ha habido desavenencias...
 ténpestades de verano,
 nubecillas pasajeras.
 Esto es lo que de nosotros
 y nada mas, hoy se piensa.
 Green que estoy en posesion
 de tan envidiable prenda,
 y por eso nadie ha osado
 presentarse en la palestra.
 Usted, sin duda, queriendo
 tomar venganza completa,
 ha puesto sus lindos ojos
 en el Marqués... y me pesa;
 porque es un joven simpático
 algo listo, y por las muestras
 yo hubiera sacado de él
 un discípulo...

CONDESA.

Una hiena.

BARON.

¡Ja!... ¡ja!... ¡Condesita hermosa!
 ¡qué opinion tan lisongera

le debo...

CONDESA. Usted sabe que no le calumnio con ella, porque hay ya muchas razones para que yo le aborrezca.

BARON. Perfectamente, señora, que me place esa franqueza; usted le da á este debate la entonacion verdadera...

CONDESA. Sí, baron; es necesario que concluya la reserva: há tiempo que sufro mucho y desde esta noche es fuerza que se acabe para siempre esta lucha.

BARON. Enhorabuena.

CONDESA. Usted es capaz de todo: usted con recursos cuenta para hacerme mucho daño porque es de temer su lengua. A pesar de esta opinion que en hechos mil se cimenta, señor baron, creo á usted que será en nuestra contienda lo bastante generoso para no abusar de aquellas cartas que le confié con sobrada ligereza.

BARON. Aunque esa suposicion me honra sobremanera, no olvide usted que yo soy muy egoista, condesa. No hay lágrimas, ni suspiros, reconvenciones ni quejas, una vez resuelto á todo, que me hagan cambiar de tema. Lo sé.

CONDESA.

BARON. Con dos condiciones libro á usted de mi presencia, y le entrego los billetes que conservo en mi cartera.

CONDESA. Sepamos cuales.

BARON.

Deseo

que mientras dure la fiesta,
 dé usted á entender que soy
 su objeto de preferencia:
 que ese lindo ramillete
 que sus manos hermocean,
 delante del marquesito
 á ser mi despojo venga;
 ademas...

CONDESA.

No siga usted,
 porque no tengo paciencia,
 señor baron, para oír
 condiciones tan modestas.

BARON.

Perdone usted, Carolina.
 Si yo me he animado á hacerlas
 fue solo porque he creído
 que á usted, mas que á mí, interesan.

CONDESA.

Podrá ser; pero no acepto.

BARON.

Muy bien hecho: usted no ceda;
 vuélvase usted al salon
 donde anhelante le espera
 su inocente protegido.

CONDESA.

Suceda lo que suceda
 así lo haré, porque estoy...

BARON.

Comprendo; á todo resuelta.
 Vamos á darle que hacer,
 Carolina, hasta la prensa.

CONDESA.

Convenidos: entre tanto
 le suplico que no vuelva
 á presentarse en mi casa
 ni á ponerse en mi presencia.

(Se dirige al fondo y vase por la escalinata.)

ESCENA X.

EL BARON.

Será usted obedecida,
 sin repugnancia, condesa.

(Saca y abre la cartera.)

Una, dos, tres, cuatro, cinco...
 perfectamente, completas.

Verá usted, señora mia,
 que conmigo no se juega,
 ni se me pone en ridículo
 tan pronto como se piensa.
 Yo bien sé que está aburrida
 con mi mucha impertinencia,
 y que librarse de mí
 á todo trance desea;
 pero no lo alcanzará
 hasta que á mí me convenga.
 ¿En quién ha buscado apoyo?
 en un niño de la escuela
 que nada del mundo sabe,
 ni tampoco quién es ella...
 Bien es cierto que ninguno
 arrostraría esta empresa
 á no tener en los ojos,
 como el marqués, una venda.
 Mas yo se la arrancaré
 si es que resiste á esta prueba.
 Voy... aquí en el pabellon
 habrá papel, tinta, obleas...
 ¡já! ¡já!... atrevido es el paso...
 pero venga lo que quiera.
 (*Entra en el pabellon.*)

ESCENA XI.

LORENZO. EL BARON, *en el pabellon; por cuya ventana se
 le verá cerrar en un pliego las cartas de la condesa.*

LORENZO. Pues señor, bien: no hay tu tia;
 esto se va componiendo:
 ¡por vida de...! va saliendo
 lo mismo que yo temia.
 Que tiene cartas, oí,
 de la condesa... ella quiso
 recobrarlas... es preciso
 que vengan á verme á mí.
 El las tiene... ¿y de qué modo
 se las saco?... no hay remedio...

á no ser que eche por medio
atropellándolo todo...

Y ¿por qué no?... á mí el baron
no me asusta, y ahora aqui
estamos solos... sí, sí:

Lorenzo, esta es la ocasión.

Á ver si has dado al olvido

aquella destreza antigua...

aun si el puño le santigua...

(*Levanta el puño cerrado.*)

BARON. ¡Soberbio! bien... he concluido.

Un criado... ¡á ver!... (*llamando.*)

LORENZO. ¿Quién llama?...

¿Si él mismo á poner irá
en mis manos...

BARON. (*En la puerta del pabellon.*) Ven acá...

(*Procurando reconocerle.*)

¿No reñías con tu ama
hace poco?

LORENZO. Sí reñí.

BARON. No lo estraño, la condesa
tiene mal genio: ¿te pesa
acaso de estar aqui?

LORENZO. Mucho.

BARON. Pues en mí confia:
serás por mí colocado
si me haces bien un recado.

LORENZO. Está bien: mándeme usia.

BARON. Dí, ¿conoces al marqués
de la Alborada?

LORENZO. Demas.

BARON. ¿De veras?... ¿seguro estás?

LORENZO. Muy seguro: sé quien es.

BARON. Pues bueno: sube al salon,
le llamas aparte, y luego
le entregarás este pliego.

LORENZO. ¿Nada mas, señor baron?

BARON. Obsérvale y nada mas.

Mañana vete á mi casa,
y cuanto esta noche pasa
con tu ama y él me dirás...

(*Retirándose por la derecha.*)

(La semilla que arrojé
me dará larga cosecha.)

ESCENA XII.

LORENZO.

Cosa ha sido vista y hecha...
¿Serán las cartas?... ¡se fué!

(*Abre el pliego.*)

Ellas son... mas vale así:
de todos modos... las tapo;
veremos quien es el guapo
que me las saca de aquí.

¡Bendito sea este azar!

¡hemos hecho buena presa!

¡bravo!... ahora la condesa

tendrá que capitular.

¡Hola!... bajan al jardín...

¡es ella!... vamos, ya es algo:

le pillo las vueltas, salgo;

y doy al negocio fin.

(*Se oculta por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA. EL MARQUES, bajando por la escalinata.

MARQUES. Condesa, yo necesito
hablar con usted á solas.

CONDESA. Ya ve usted que condesciendo...

MARQUES. Eso me alienta, señora.

CONDESA. (Se fue ya...) Marqués... aquí,
puesto que hablarme le importa,
podremos estar mejor.

(*Se sientan sobre un banco de la derecha.*)

MARQUES. Me es igual el sitio ahora:
verla á usted y que me escuche
es cuanto el alma ambiciona.
Esos salones magníficos

donde todo el mundo goza,
condesa, se lo confieso,
á mí me aburren, me ahogan.
Porque la he seguido á usted,
que ha querido bondadosa
distinguirme, se han fijado
en mí las miradas todas...
tal vez en mí presumiendo
felicidades que ignora
un alma que desconfía
de merecer tanta gloria.

CONDESA. Marqués... no le creo á usted
capaz de decir lisonjas...

MARQUES. No... no... el corazon me dicta
cuanto pronuncia mi boca.

CONDESA. ¿Sabe usted que es imposible
que yo á su afan corresponda?

MARQUES. ¡Imposible!

CONDESA. Sí, Luis;
con mucha razon se asombra;
pero no lo estrañe usted
pues no conoce mi historia.

MARQUES. ¿No es usted libre?

CONDESA. Sí...

MARQUES. Entonces...

CONDESA. ¿qué teme usted?
Poca cosa
en cuanto á mí; pero temo
por usted.

MARQUES. ¿Por mí, señora?

CONDESA. Voy á hablarle con franqueza,
porque es la única persona
que aqui me inspira interés.

MARQUES. Tal vez usted no conozca
muy de cerca al de la Puente.

MARQUES. No mucho; mas... desde ahora
le aseguro á usted que es hombre
cuya presencia me enoja.

CONDESA. Lo estraño, marqués, seria
que le agradára...

MARQUES. En buen hora;
pero, condesa, el baron...

- CONDESA. Se lo diré á usted en pocas palabras.— Es mi ángel malo: do quier vertiendo ponzoña cuanto yo mas le desprecio mas me sigue y me sofoca: es hombre muy orgullo y de un alma rencorosa; usted marqués, es muy joven; leal y franco de sobra, y yo no quiero que sea nunca el blanco de su cólera.
- MARQUES. Por cierto, señora mia, que eso mas y mas me arroja...
- CONDESA. ¡Nunca!...
- MARQUES. Buscaré al baron.
- CONDESA. ¡Ah!... ¡no!... ¡no haga usted tal cosa!
- MARQUES. ¿En tan poco usted me tiene que juzga que ante una sombra debo huir porque soy joven? Esto decido, señora.
- CONDESA. Mas...
- MARQUES. Y en prueba de que quiero hacer mi pasion notoria, ruego á usted, bella condesa, que me conceda la honra de favorecer mi quinta...
- CONDESA. Le suplico que me oiga...
- MARQUES. Nada; yo haré que el baron sus pretensiones recoja.
- (Sale el baron de entre la hojarasca.)

ESCENA XIV.

LA CONDESA. EL MARQUES. EL BARON.

- BARON. ¡Já!... ¡já!... ¡já!...
- CONDESA. ¡Cielos!... ¡aqui!...
- BARON. ¡Oh!... ¡la aventura es famosa!
- MARQUES. Estaba usted espiando...
- BARON. ¡Eh! marqués, eso no importa... soy curiosillo...

MARQUES.

Con eso
aqui el trabajo me ahorra
de repetirlo...

BARON.

Está claro;
no he perdido ni una coma...
Conque ¿á la quinta?

MARQUES.

A la quinta.

BARON.

Permita usted que suponga
que no cerrará sus puertas
al baron, si es que se toma
la libertad...

MARQUES.

Con placer
en ella á cualquiera hora
recibiré su visita.

BARON.

Tanta bondad me sonroja...
iremos los dos, pondremos
la quinta á la última moda...
para que halle la condesa
aquella mansion mas cómoda...
¡Caballero!...

CONDESA.

BARON.

Buenas noches...
marquesito... hasta la aurora.
(*Vase cantando por la escalinata.*)

CONDESA.

MARQUES.

CONDESA.

¡Dios mio!... ¿Qué cita es esa?
Nada, condesa, una broma...
¡No!...

ESCENA XV.

DICHOS. EL VIZCONDE, desde un balcon del fondo.

VIZCONDE.

¿Luis?

MARQUES.

¡Qué!

VIZCONDE.

Chico, Amalia
estar mas no le acomoda:
con que...

MARQUES.

VIZCONDE.

Voy.

No te molestes;
la llevaré en mi carroza. (*Ocultase.*)
Permítame usted, condesa...

MARQUES.

no está bien que vaya sola...
 CONDESA. Prométame usted, marqués,
 que vendrá á primera hora
 mañana á verme...
 MARQUES. Bien.
 CONDESA. ¿Si?
 ¿lo jura usted?
 MARQUES. Sí señora.
 (*Vase por la escalinata, y sale Lorenzo por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

LA CONDESA. LORENZO.

CONDESA. ¡Habrás escándalo! ¡ay de mí!
 está mi cabeza ardiendo...
 LORENZO. Señora, ¿lo está usted viendo?
 CONDESA. ¡Aun aquí!...
 LORENZO. Cabal, aquí.
 CONDESA. ¿Qué quiere usted ya?
 LORENZO. ¿Qué quiero?
 nada: estará usted contenta...
 el negocio se presenta
 del modo mas lisongero...
 CONDESA. Bien, ¡cállese usted por Dios!...
 yo arreglaré el compromiso...
 LORENZO. ¿Usted sola?... no, es preciso
 que lo arreglemos los dos.
 CONDESA. Mas... ¿cómo?...
 LORENZO. Si le interesa
 estas cartas recoger...
 (*Se las muestra y enseña una firma.*)
 CONDESA. ¡Las mias!
 LORENZO. Es menester
 que la señora condesa,
 es decir, si á ello se allana,
 que las vaya á buscar...
 CONDESA. ¡Sí!...
 ¿dónde?
 LORENZO. No lejos de aquí.
 CONDESA. ¿Dónde?

LORENZO. A la quinta mañana...

CONDESA. Iré.

LORENZO. Bien, guardo la pinta.

CONDESA. ¿Pero... cómo?...

LORENZO. Nada sé.
(*En ademán de retirarse.*)

CONDESA. No... diga usted... (*Queriendo detenerle.*)

LORENZO. No diré...

CONDESA. ¡Por Dios!...

LORENZO. Mañana á la quinta.

FIN DEL AGTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una sala en la quinta del marqués: puerta en el fondo, por la que se descubre una reja grande que deja ver parte de los jardines de la casa. A la derecha, dos puertas, una secreta: á la izquierda, otra puerta y una mesa con recado de escribir. Aparece el marqués sentado al lado de la mesa. Gines entra por el fondo con una carta en la mano.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. GINES.

MARQUES. Se me acaba la paciencia:
no viene, y ya tuve harta...

GINES. ¿Señor?...

MARQUES. ¿Qué es ello?

GINES. Esta carta
me han dado para vuecencia.

MARQUES. A ver...
(*La abre y mira la firma.*)
la firma el baron...

(*Lee.*) «Perdone el señor marqués
si no he estado puntual
á su cita... Una muger...
lo ha impedido... una aventura
galante... pero estaré
completamente á sus órdenes,
poco antes de oscurecer,
en la quinta, y con mis armas.

Repito, señor marques,
 mil perdones.—El Baron
 de la Puente.» ¡Hum!... Está bien.
 Déjame solo. (*Vase Gines.*) Parece
 que con despacio lo toma:
 me escribe en tono de broma...
 y esta broma me escarnece.
 Mal demuestra su valor
 y de él hace que se dude,
 quien por mugeres no acude
 con tiempo á un lance de honor.
 No, pues como él no batalle
 conmigo, y llegue á faltar...
 por Dios, que le he de insultar
 donde quiera que le halle.
 ¡Cómo está mi corazon!
 Ya el amor de la condesa
 no sé si me agrada ó pesa...
 ¡Tal es hoy mi turbacion!
 Por otra parte, mi prima
 mi culpable desden llora,
 y allá en silencio devora
 un amor que me sublima.
 ¡Cuán pronto! ¡ay Dios, he cambiado!
 Ayer con afan buscaba
 aventuras que ignoraba...
 y hoy me tienen agobiado.
 Agobiado, sí; ¿qué haré
 en medio este torbellino?
 ¿Cuál será el mejor camino?
 ¡Ciego de mí!... no lo sé.
 ¡Qué bien Lorenzo temia
 mi presencia en el gran mundo!...
 en un abismo profundo
 anunció que me hundiría,
 y... pero ya está demás;
 no cabe arrepentimiento,
 ni es este el mejor momento
 de volver el paso atrás.

ESCENA II.

EL MARQUES y LORENZO.

- LORENZO. (Aqui está; ya le atrapé
y no se libra de mí.)
¿Señor?...
- MARQUES. ¡Lorenzo! ¿tú aqui?
¿á qué has venido?... ¿dí?...
- LORENZO. ¿A qué?...
- MARQUES. ¿Es cosa de que he de estar
vigilado, prisionero?...
- LORENZO. Perdone vucencia, pero...
no lo puedo remediar.
Será mucha impertinencia...
mucha, sí... cómo ha de ser;
sin embargo, es mi deber
estar donde esté vucencia.
- MARQUES. ¡Dale!... con el tratamiento.
- LORENZO. Pues bien, nada; no lo dí...
- MARQUES. Lorenzo, vete de aqui,
que me estorbas.
- LORENZO. Pues lo siento;
porque estoy, señor marqués,
resuelto en esta partida,
á estarme toda la vida...
¡Vive Dios!...
- MARQUES. Que viva pues.
- MARQUES. No impacientes mi furor...
- LORENZO. ¿Con que se va usted á batir?
- MARQUES. ¡Qué!... ¿lo vienes á impedir...
- LORENZO. Al contrario, no señor.
- MARQUES. ¿Cómo?...
- LORENZO. No se desarregla
nada por mí... usted recobre...
quiero que se bata el cobre;
pero que se bata en regla.
- MARQUES. ¿Pero... tú?... ¡qué desatino!...
- LORENZO. ¡Cómo, qué?... donde yo pongo
mi pabellon, no... ¿supongo
que no tendrá usted padrino?

MARQUES.
LORENZO.

Pues sí, le tengo.

¡Bobada!

MARQUES.
LORENZO.

¿y quién es? ¿dónde se esconde?

Aun no vino, es el vizconde.

Vaya, eso no vale nada.

El vizconde... ¡por mi fé!

qué sabe él de bizarrías...

dejará hacer.. ¡no en mis días!

su lugar ocuparé.

MARQUES.
LORENZO.

Se ofenderá y con razon.

Si por ello muestra enojo,

es muy sencillo, le cojo

y sale por un balcon.

MARQUES.
LORENZO.

¡Lorenzo!

¡Señor marqués!

él no hará lo que convenga,

porque es difícil que tenga

como yo tanto interés.

Él es un niño, en rigor

algo temible el rival,

este lance muy formal

y... yo me entiendo, señor.

MARQUES.

Mas ¿quién te habló de esta lid?

LORENZO.

¿cómo has sabido... por dónde...

Usted lo dijo al vizconde,

y él luego á todo Madrid.

MARQUES.

¡Botarate!

LORENZO.

Sí señor;

¿no se lo dije á usted ya?

como quien es obrará;

mas no es esto lo peor.

MARQUES.

¡Qué dices!... ¿aun mas?

LORENZO.

¡Oh!... sí,

que su prima y la condesa

vienen aqui á toda priesa...

MARQUES.

¡Santos del cielo!... ¡aqui?

LORENZO.

Aqui.

No tardarán en llegar;

la carretela venia

por el aire...

MARQUES.

¡Oh!...

LORENZO.

Todavía

esto se puede arreglar.

MARQUES. Sí, arreglarlo... y ¿de qué modo?

LORENZO. Yo llenaré mis deberes...

MARQUES. ¿No vienen esas mugeres para entorpecerlo todo?

LORENZO. Ellas cansadas vendrán, y si tranquilos nos ven, serenos, ellas tambien sus temores calmarán.

Les señalaré aposento apenas dejen el coche, y se irán al ser de noche á ocupar su apartamiento.

Que llega el baron, al punto nos vamos al bosque: luego el campo se parte... ¡fuego! y está acabado el asunto.

MARQUES. Lorenzo mio, no sé por lo que me estás hablando, si conmigo estás obrando de buena ó de mala fé.

¿Cómo?

LORENZO.

MARQUES.

LORENZO.

Me eres tan leal...

Por lo mismo ¡voto á brios! me esplico así: una de dos. usted sale bien ó mal.

Si él cae me alegraré, esto á cualquiera convence: mas si es al contrario y vence, detrás de usted lo enviaré.

¡Eso jamás!

MARQUES.

LORENZO.

No respondo

en ese caso de mí; no sale con bien aquí; se acabó y punto redondo.

Pues te prohibo...

MARQUES.

LORENZO.

No escucho,

me quedé sordo, señor...

Es que... *(Ruido de un carruaje.)*

MARQUES.

LORENZO.

A ver... ese rumor...

(Son ellas, me alegro mucho.)

¡Eh!... á no dar que decir:

yo me daré buena traza,
 con que un poco de cachaza
 y vamos á recibir.
 Mas nos quitan el trabajo,
 pues suben de dos en dos,
 la escalera.

MARQUES.

¡Bien, por Dios!

LORENZO.

Marques, con mucho agasajo...

ESCENA III.

LA CONDESA, AMALIA, el VIZCONDE, el MARQUES y LORENZO.

AMALIA.

¡Luis!

VIZCONDE.

¡Chico!

MARQUES.

¡Qué sorpresa!

CONDESA.

¿Dá usted á una pobre Condesa,
 que viene muy fatigada,
 por esta noche posada?

MARQUES.

Y ¿ella lo puede dudar?

CONDESA.

No se trata de abusar.

MARQUES.

Usted sabe que sin tasa
 puede mandar en mi casa.

VIZCONDE.

Lo mismo que yo decia:
 ¿no anuncié que nos daria
 con gusto hospitalidad?

CONDESA.

Sí, Vizconde, es la verdad.

LORENZO.

Yo no sé por qué dudando
 han estado ustedes, cuando
 se les esperaba aquí.

CONDESA.

¿De veras, Lorenzo?

LORENZO.

¡Sí:
 el marques nada sabia
 porque ha estado todo el dia
 en el Sotillo, y por cierto
 que ha venido medio muerto
 de cansancio, y sin tardar
 pensaba en irse á acostar.

CONDESA.

Pues por nosotras...

MARQUES.

Ya, no...

CONDESA y AMALIA. Sí, sí.

LORENZO.

Lo arreglaré yo

- con presteza y de tal modo
que convengamos en todo.
- MARQUES. Veamos lo que dispones.
- LORENZO. Aquí hay dos habitaciones
muy á propósito: esa, (*La de la izquierda.*)
mi señora la Condesa
la ocupará, es muy bonita:
esta otra la Señorita, (*La de la derecha.*)
y para el señor Vizconde
allá dentro tengo donde
ponerle ¿no es esto? pues;
yo en el cuarto del Marqués
y ya estamos colocados.
A pasos apresurados
la noche llegando vá:
aquí cada cual está
cansado, y lo mas derecho
será meterse en el lecho
y de un tiron, cosa es llana,
dormir hasta la mañana.
Con que ¿qué tal?... ¿aprobado?
- CONDESA. Me parece bien pensado.
- AMALIA. Sí.
- (*Vase el Vizconde al lado del Marques. Lorenzo se coloca
entre las dos señoras. Unos y otros hablan aparte.*)
- VIZCONDE. Y á mi... Ya que deseeas
descansar.
- MARQUES. ¡Maldito seas!...
- VIZCONDE. (*Siguen aparte.*) ¡Hombre!... que...
- AMALIA. Lorenzo, dí...
- CONDESA. Qué hay...
- LORENZO. Mucho y nada.
- CONDESA y AMALIA. ¿Si?
- LORENZO. Sí:
déjenme á mi la fatiga;
pero hagan cuanto les diga... (*Siguen aparte.*)
- VIZCONDE. No sé por donde han sabido...
ello es que me han perseguido...
- MARQUES. Por tí.
- VIZCONDE. ¿Por mí?... ¡qué bobada!
- MARQUES. ¡Eh!... no puedes callar nada...
- LORENZO. (*Alto.*) Traerán luces al momento:

cada cual á su aposento,
y á descansar estas horas.
Muy buenas noches, señoras.

MARQUES. *(A la Condesa.)* (Tenemos que hablar despues
mucho los dos.)

CONDESA. *(Siguen aparte.)* (¿Qué, Marques?)

VIZCONDE. *(Bajo á Amalia.)* ¿Con que usted nada responde
á mi afan?

AMALIA. Nada, Vizconde.

VIZCONDE. Mas... ¿tendré el honor luego
de que escuche...

AMALIA. No señor:
será en vano...

VIZCONDE. Allá veremos.

AMALIA. *(Siguen aparte.)* Jamás...

CONDESA. *(Al marques.)* Pues bien, hablaremos.

MARQUES. *(Atto.)* Buenas noches.

VIZCONDE. (Bien está.)

(Saludando.) Repito... (Al cabo me oirá.)

(Vanse los dos por el fondo izquierdo. Entran Gines y dos criados con luces: aquel pone las que trae sobre la mesa, y estos las suyas en las habitaciones de la derecha é izquierda retirándose todos despues por el fondo.)

ESCENA IV.

AMALIA y la CONDESA.

AMALIA. ¡Ay de mí!

CONDESA. Amalia... ¿por qué
suspiras?

AMALIA. Yo no lo sé...
no te lo puedo explicar
pero quisiera llorar...

CONDESA. ¿Llorar tú? ¡nunca, no, no!
Dí, ¿no es verdad que soy yo,
confésalo con franqueza,
la causa de tu tristeza?

AMALIA. Carolina, no hables de eso
porque doblarás el peso
que abruma á mi corazon.

CONDESA. ¡Oh! ¡Amalia mía, perdón!...
Yo en un momento de olvido
sobre tu seno he vertido
mucho acibar...

AMALIA. No, Condesa...

CONDESA. Yo sé cuanto te interesa
tu primo...

AMALIA. Ya... nada...

CONDESA. ¿No?

AMALIA. Un tiempo... pero pasó...
en él he pensado... ¡oh!... sí...
mas... no ha reparado en mí.

CONDESA. Te engañas... yo sé que ahora
allá en silencio te adora...

AMALIA. ¡El!

CONDESA. Sí, bien lo he comprendido:
si él mis huellas ha seguido,
fué solo porque anhelaba
ver un mundo que soñaba,
en el cual entrado apenas
ha sentido sus cadenas.
Jamás mi amor...

AMALIA. ¡Oh!... ¡qué dices!...

CONDESA. En el echará raíces:
el tuyo es puro... y su alma
apetece ya la calma...

AMALIA. Comprendo tus intenciones:
no con bellas ilusiones
pretendas hoy consolar
á quien no puede esperar,
ni quiere esperar tampoco,
nada ya de un amor loco.

CONDESA. Amalia, en este momento
cuanto sufro y cuanto siento,
no es posible imaginar.
Deja unas horas pasar
y entonces con detencion
leerás en mi corazón.

AMALIA. No te comprendo.

CONDESA. Paciencia;
no juzgues por la apariencia:
que sepas me basta á mí

que yo no he venido aquí
por el amor del Marques.
AMALIA. Pues entonces ¿qué interés...
CONDESA. Lorenzo... que tarda ya
tal vez nos explicará...
AMALIA. Aquí viene.
CONDESA. Dios le guie,
y en nuestro favor le envíe.

ESCENA V.

AMALIA. LORENZO, *la* CONDESA.
LORENZO. Toma, toma, yo creí
que ya estaban retiradas...
CONDESA. Esperábamos á usted.
LORENZO. Perdone usted la tardanza.
(*Bajo á Amalia.*) Señorita, yo quisiera
que me hiciera usted la gracia
de permitirme que á solas
con la Condesita hablara.
AMALIA. ¿Pues qué?... ¿yo no puedo...
LORENZO. No;
Lorenzo se lo demanda,
porque así conviene.
AMALIA. Entonces...
LORENZO. ¿Tiene usted en mí confianza?
AMALIA. ¡Sí!
LORENZO. Pues despídase usted
de su amiga.
AMALIA. Hasta mañana,
Carolina.
CONDESA. ¿Qué... ¿me dejas?
LORENZO. Dice que está fatigada,
y es muy justo...
CONDESA. A Dios.
AMALIA. A Dios.
LORENZO. Aliente usted su esperanza.
(*Acompañándola hasta la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, LORENZO.

- CONDESA. Y bien, Lorenzo.
- LORENZO. Señora,
caminamos sobre ascuas,
y es menester mucho tino
para no dar en las brasas.
- CONDESA. Pero... ¿el duelo?
- LORENZO. Ahí está el quid:
no sé como tanto tarda
el baroncito....
- CONDESA. Pues qué!
- LORENZO. ¿espera usted que se batan?
- LORENZO. Lo que yo espero es que todo
hoy se lo lleve la trampa.
- CONDESA. ¡Que escucho! Y yo que en usted
estaba tan confiada....
- LORENZO. Yo tambien hasta hace poco
en mis fuerzas confiaba,
pero por mas que trabajo
está visto que no alcanzan....
aquí tiene usted, señora,
la consecuencia inmediata
de cuanto yo le decia.
- CONDESA. Dejemos eso; ya basta
de reconvenciones: sé
que he cometido una falta;
me pesa mucho, y deseo
si es posible remediarla.
¿A qué me ha hecho usted venir
hasta el campo de batalla?
¿adónde es el desafio?
¿qué hora tienen aplazada?
porque si usted desesperá
de evitar esta desgracia,
yo entonces haré por mí
lo que debo en tal demanda.
- LORENZO. Señora Condesa, bueno;

que me placen sus palabras:
aun hay remedio si usted
conmigo es ingénuo, franca....
Veamos.

CONDESA.

LORENZO.

Usted desea
recoger ó no, estas cartas?

CONDESA.

Sí, á toda costa.

LORENZO.

¿Y no es cierto
que dá usted poca importancia
á la pasion del Marques?

CONDESA.

Le aprecio mucho, mas....

LORENZO.

Nada;
no empecemos con rodeos,
hablemos señora, en plata.
Para hacer frente al baron
usted le quiso dar alas....
Adelante.

CONDESA.

LORENZO.

Es de creer,
que usted sin gran repugnancia
le daría un desengaño
de esos que llegan al alma.

CONDESA.

Segun el que usted me escija:
antes de una accion bastarda
prefiero....

LORENZO.

No, no señora;
de nada de eso se trata.

CONDESA.

LORENZO.

Acabe usted.

El marques
presumo que quiere hablarla
cuando esta noche estén todos
recogidos en la casa.

CONDESA.

LORENZO.

Asi me lo ha suplicado.
Pues es cosa necesaria
que se halle usted cuando él venga
de la quinta á gran distancia.

CONDESA.

LORENZO.

¿Nada mas?

Es menester
que escriba usted una carta....

CONDESA.

LORENZO.

Y ¿qué he de poner en ella?

Muy poco... cuatro palabras...
vamos pues... aqui hay recado...
Pero... qué?...

CONDESA.

LORENZO. Voy á dictarla.

CONDESA. ¡Usted!

LORENZO. Con razon se admira;
no deja de ser estraña
la aventura... yo dictando
á usted... tan aventajada
en estos lances... ja! ja!...
suceden cosas muy raras.

CONDESA. Oh!... sí... sí...

LORENZO. Cuando usted guste,
Señora condesa...

CONDESA. (*Tomando la pluma.*) Vaya.

LORENZO. (*Dictando.*)

«Marqués, todo se acabó:

»no quiero que una humorada

»imprudente, cause afanes

»á usted, al baron y á Amalia.

»Siento haber alimentado

»sin saber su ardiente llama;

»pero hoy que todo lo sé,

»creo que estoy obligada

»á poner con mano fuerte

»un dique á sus esperanzas.

»En prueba de ello ahora mismo

»me alejo de aquí, y mañana

»saldré en mi silla de posta

»bien temprano, para Italia.

»De usted muy reconocida...

»La condesa de la Palma.»

Hemos concluido: he dictado

cuanto queria en sustancia;

ahora usted lo corrige

si el lenguaje no le agrada.

CONDESA. No, nada me ocurre.

LORENZO. Entonces

sírvase usted colocarla

en el cuarto, donde pueda

verla el marqués á su entrada.

CONDESA. Asi lo haré.

LORENZO. Yo entre tanto

á un criado haré que vaya

á avisar que el carruage

le dispongan sin tardanza.

CONDESA. Y ¿usted responde...

LORENZO. De todo.

CONDESA. Yo descanso en su palabra.
(Vase Lorenzo por el fondo izquierdo.)
 No hay remedio; es ya preciso obedecer cuanto manda...
 Saldré de aquí; pero no me alejaré gran distancia: yo debo observarlo todo mientras no esté asegurada. Pongamos la carta al punto donde el marques pueda hallarla; ¿quién creyera!... mas... ¿qué importa? así recobro la calma, así desarmo al baron, y así le veré á mis plantas.
(Entra en la habitacion de la izquierda y sale el Baron fondo derecha.)

ESCENA VII.

EL BARON.

Pues señor, no encuentro á nadie por mas que registro y ando... ¿me habrá citado el marqués para un castillo encantado? Va!... no debe este silencio parecerme tan estraño... comprendo; estará á estas horas sus negocios arreglando: puede ser que le hayan dicho que soy funesto en el campo; y como es la vez primera que conmigo se hace el guapo tal vez hasta el testamento quiera dejar... por si acaso...

ESCENA VIII.

LA CONDESA. EL BARON.

- CONDESA. Ya está....
- BARON. Condesa!
- CONDESA. Barón!
- BARON. ¡Já! já! já!... encuentro mas raro!....
- CONDESA. ¿Qué tiene de singular que me encuentre usted....
- BARON. ¡Buen chasco me ha dado usted.... lo confieso, estaba tan descuidado que no esperé que hoy... y aquí... me saliera usted al paso.
- CONDESA. ¿Tal vez usted presumia que triste, anegada en llanto á estas horas la condesa estaria lamentando...
- BARON. Yo diré á usted; no le faltan á la Condesa cuidados.... y aunque otra cosa aparente yo sé que le dan mal rato.
- CONDESA. Se equivoca usted, Barón.
- BARON. Ah! no señora, es esacto. Por de pronto usted pretende que no haya duelos ni escándalos porque á su reputacion en la corte le harán daño. Prueba de ello, la presencia de usted aquí: sin embargo, esto en usted es natural; algo mas hay que estrañarle en el Marqués, quien sin duda á usted le habrá suplicado que venga aquí, y le apadrine....
- CONDESA. Es usted de lo mas fátuo....
- BARON. Señora....
- CONDESA. Sí, lo repito: en usted ni por acaso

se halla nunca un pensamiento generoso....

BARON.

Muy bien, bravo!

CONDESA.

El Marques nada me ha dicho, ni ha menester de mi amparo: antes bien el verme aquí ha sentido en alto grado porque es muy pundonoroso.... ¿entiende bien su adversario?

BARON.

Es decir que su venida ha sido un acto espontáneo....

CONDESA.

Cabal, sí señor.

BARON.

Condesa!

que no me haga usted tan cándido le suplico: ¿quiere usted que yo crea de contado que usted mira al marquesito con ojos apasionados.

CONDESA.

No señor; yo no pretendo tal disparate, ni trato de darle satisfacciones; padece usted un engaño: no le amo, aunque reconozco que es digno de ser amado, y en prueba de ello, ahora mismo los dejo solos, y parto.

BARON.

¿Qué dice usted?... ¿a Madrid dá usted la vuelta?...

CONDESA.

Si.

BARON.

Vamos,

aquí ha habido esplicaciones y crueles desengaños... comprendo perfectamente su posicion... ¡he triunfado!

CONDESA.

Sí señor... ja! ja!

BARON.

¿Se rie...

;celebra usted....

CONDESA.

Mucho!... aplaudo....

BARON.

¿No es cierto que la ocurrencia es ocurrencia del diablo? ;poner las cartas de usted del buen marqués en las manos!

¡Qué de cosas habrá dicho!
 él que es tan morigerado...
 ¿que tal, condesa? usted vé
 de que modo desencanto...

CONDESA. Muy digno de usted, baron;
 mas por hoy se han embotado
 sus bien afiladas armas,
 siento tener que anunciárselo...

BARON. Cómo!

CONDESA. El marques nada sabe
 ni á sus manos han llegado
 mis cartas, ni llegarán.

BARON. ¡Qué es lo que estoy escuchando!

CONDESA. Hola!... parece que ahora
 le toca á usted... ¡insensato!
 ¿Esperaba usted hallarme
 de rodillas, suplicando
 con tal de que me librara
 hoy de ridículo tanto?

¿Llegó usted á imaginar
 que era tan seguro el lazo
 que á mi decoro tendia,
 que para hacerlo pedazos
 necesitaba de esfuerzos
 y recursos sobre humanos?

Vea usted lo que son las cosas;
 sin saber cómo ni cuándo,
 ha venido usted á dar
 hoy... su mejor golpe en vago.

Muy necio, señor baron;
 muy necio y muy confiado
 ha estado usted en el lance:
 ya por fortuna levanto
 libre y serena mi frente,
 y sin temor le declaro
 que altamente le desprecio...

BARON. Señora, basta de agravios:
 esas cartas... ¡esas cartas!...

CONDESA. En una segura mano
 están ya...

BARON. ¿Quién las posee?
 ¡Quién ha sido el temerario

que á tanto se espuso...

ESCENA IX.

LA CONDESA. EL BARON. LORENZO.

LORENZO.

BARON.

LORENZO.

Yo.
Tú!... miserable, villano...

Yo, baron ; y usted perdona
que ahora no le haga caso
porque tenemos despues
para hablar tiempo sobrado.
Señora condesa, está
la carretela esperando:
ya sabe usted...

CONDESA.

BARON.

CONDESA.

Al momento.
Mas...

Para Madrid le emplazo ;
¡oh!... ¡qué temible es usted
señor baron... já! já!...

LORENZO.

Vamos,
que es el tiempo muy precioso
y lo tenemos tasado.

(*Acompaña Lorenzo á la Condesa hasta el fondo y vuelve.*)

ESCENA X.

LORENZO. EL BARON.

LORENZO.

Estará el señor baron
hecho conmigo un veneno:
celebro que en tal terreno
se coloque la cuestion.

BARON.

¿Dónde las cartas están
que en el jardin te entregué?

LORENZO.

¿Dónde?... aquí las tiene usted;
(*Señalando al bolsillo del pecho.*)
pero de aquí no saldrán.

BARON.

Yo cuento con decision
para arrancarle al momento,
con las cartas, el aliento
que miente su corazón.

- LORENZO. Eso el verlo á usted le toca, aunque pienso por mi parte que tendrá usted menos arte en las manos que en la boca.
- BARON. Semejante insulto á mí...
- LORENZO. Sí señor; esas tenemos: contemple usted...
- BARON. (*En ademán de acometerle.*) Acabemos... Dámelas pronto... ó ¡ay de tí!
- LORENZO. Eh!... quieto!... (*Asiéndole un brazo y sugetándole fuertemente.*)
- BARON. Suelta!
- LORENZO. Aunque anciano me sobran poder y aliento para darle á usted tormento haciendo polvo su mano. (*Lo arroja.*) ¡Ira del cielo!
- BARON. Baron,
- LORENZO. tenga usted bien entendido que este hombre está decidido á llenar su obligación. Yo le declaro la guerra, y advierta usted que jamás para volverme á mí atrás hubo poder en la tierra.
- BARON. Que no era capaz creí de tanta baladronada, quien por su edad avanzada de todo está libre aquí. Pero ya que en conclusion quiere echarla de valiente, yo no tengo inconveniente en darle á usted una lección.
- LORENZO. Maldito si yo me asusto: al cabo nos entendemos: si usted quiere bajaremos.
- BARON. Sí señor, con mucho gusto. Mas sepamos qué interes le obliga á hacerme la guerra.
- LORENZO. Para mí no hay en la tierra mas ley ni amor que el Marqués. Usted solo por vengar

el desden de una señora,
 con intencion bien traidora
 con él la ha querido armar.
 Y yo que tender la red
 le he visto en esta ocasion,
 por idéntica razon
 la quiero armar con usted.

El Marqués le está aguardando,
 de vencer tiene esperanzas,
 mas yo que entiendo estas danzas
 me estoy á los diablos dando.

Porque usted si es menos fiel
 es mas diestro ; y yo prefiero
 batirme, porque no quiero
 que se divierta con él.

Esta es mi resolucion,
 y ya le he esplicado el modo....
 yo entiendo un poco de todo,
 con que ya espero, Baron.

BARON.

Estraño es por vida mia
 cuanto le acabó de oir....
 no es mal modo de encubrir
 del Marqués la cobardia....

LORENZO.

Calle usted, porque si él sabe
 que así le llegó á ofender....
 aquí mismo puede ser
 que la refriega se trabé.
 ¡El cobarde!... ¡voto á brios!...
 criado por mí... primero...

BARON.

Bien dígale usted que espero...

LORENZO.

Cuando acabemos los dos.
 No olvide usted que mi ofensa
 es mayor: le he arrancado
 unas cartas: le he insultado,
 y si pronto á la defensa
 no sale el señor Baron
 hará que ciego, demente
 le cubra esa torpe frente
 con un perpétuo borron.

BARON.

Es imposible sufrir
 tan estúpida arrogancia:
 no quise darle importancia...

mas... yo le haré arrepentir.
 Bien, Baron, vamos, por Dios.
 VAMOS PUES. (*Dirigiéndose al fondo.*)
 LORENZO. (*Señalando la puerta secreta de la derecha.*)
 No, por allí.
 BARON. Me es igual.
 LORENZO. Bien, por aquí...
 no volveremos los dos.

ESCENA XI.

EL MARQUES.

No hay nadie... me pareció
 que hablaban, pero en silencio
 todo yace... ya estará
 recogida en su aposento
 la Condesa: aun el Baron
 no ha venido, y mi Lorenzo
 está encargado de todo:
 tranquilo estoy... y ahora debo
 despedirme para siempre
 de la Condesa...

(*Se dirige á la habitacion de la izquierda y al entrar lo ve
 Vizconde que sale recatándose por el fondo.*)

ESCENA XII.

EL VIZCONDE.

¡Soberbio!
 al truchiman no le gusta
 por lo visto perder tiempo:
 en vísperas de batirse
 tiene humor de galanteos...
 si lo he dicho, este muchacho
 vá á ser el non plus... y el pérfido
 me ha andado hurtando las vueltas...
 pero yo que no soy lerdo
 le sigo la pista y... zás!
 le pillo en la trampa... ¡bueno!
 hace bien, divinamente ;

MARQUES. (*Asiéndole del cuello.*) ¡Miserable!
 VIZCONDE. ¡Hombre!... escucha... (*Suena un pistoletazo.*)
 MARQUES y VIZCONDE. ¡Ah!

ESCENA XIV.

AMALIA. MARQUES. VIZCONDE.

AMALIA. ¡Santos cielos!
 ¡Luis!... ¿dónde estás?...

MARQUES. ¡Amalia!
 AMALIA. (*Reconociéndole.*) ¡Ay de mí! que apenas puedo sostenerme... yo creí que ese tiro...

VIZCONDE. Con efecto dice usted muy bien, un tiro ha sonado y no muy lejos...

MARQUES. Vizconde... yo debería tratarte en este momento como á un amigo traidor...

VIZCONDE. Pero ¡hombre! ¿qué estás diciendo? cuando te digo que ha sido la cosa mas...

AMALIA. No, no quiero disculpas, es menester...
 ¡Eh!... Marques, dejemos esto. Ese tiro, aquí, tan cerca... no sé qué presentimientos...

VIZCONDE. Tiene usted mucha razon eso puede ser muy serio...

CONDESA. (*Dentro.*) ¡Marques!...

MARQUES. ¡Esa voz!...

CONDESA. (*Dentro.*) Marques...

ESCENA XV.

LA CONDESA. EL MARQUES. AMALIA. EL VIZCONDE. *Despues*
 GINES.

MARQUES. ¡Señora!...

CONDESA. ¡Aquí usted!...

MARQUES. ¿como es que tan agitada
 ¡Qué es esto?

- la vuelvo á ver...
 CONDESA. No comprendo...
 ¿ha salido usted de aquí
 hace poco?
 MARQUES. No, por cierto.
 CONDESA. Pues entonces ¿quiénes son
 los que mantienen el duelo?
 MARQUES. Pero... ¿qué duelo, señora?...
 CONDESA. ¿No ha escuchado usted el estruendo...
 MARQUES. ¿Sí... pero... tal vez un guarda...
 pronto de dudas saldremos...
 ¡Lorenzo!... ¡Gines!...
 SALE GINES. Señor.
 MARQUES. ¿Qué ha sido?...
 GINES. No sé...
 MARQUES. ¿Y Lorenzo?
 GINES. Hace un rato que le he visto
 de la luna á los reflejos
 con un caballero entrar
 en el bosque...
 MARQUES. ¡Un caballero!
 ¿qué señas?
 GINES. Alto, delgado...
 CONDESA. ¿Joven? ¿vestido de negro?...
 GINES. Es exactamente...
 CONDESA y MARQUES. ¡El baron!
 AMALIA. ¡Ah!
 MARQUES. ¿Está aquí... y yo sin saberlo!...
 todo lo comprendo ahora...
 ¡Lorenzo mio!... ¡qué infierno!...
 ¡pronto... luces!... al jardín!... (*Sale Lorenzo.*)

ESCENA XVI.

CONDESA. AMALIA. MARQUES. LORENZO. VIZCONDE.

- LORENZO. Todo el mundo se esté quieto.
 AMALIA. ¡Lorenzo!
 MARQUES. (*Reconociéndole.*) ¿Qué tienes?
 LORENZO. Nada:
 jamás estuve mejor.
 MARQUES. ¿Qué has hecho?

- LORENZO. Nada, señor;
una excelente jugada.
- MARQUES. ¿Pero? ¡el Baron!
- LORENZO. Es un Cid:
de todo ya arrepentido
á estas horas ha emprendido
su vuelta para Madrid.
- MARQUES. Mas... ¿no me ofrecistes...
- LORENZO. ¡Oh!
si señor.
- MARQUES. Luego ¿por qué?...
- LORENZO. Porque... primero que usted
pensaba batirme yo.
Yo con él de antes tenia
unas cuentas que arreglar:
estaba en primer lugar
y como que el tiempo urgía,
nos salimos á la luna
con las pistolas y... nada,
me tocó á mí la cargada;
descerrajé... y por fortuna
tuve piedad del Baron,
porque si no le acogoto...
poca cosa, un brazo roto...
seis meses de reclusion.
- MARQUES. Lorenzo, me has engañado...
¿qué habrá pensado de mí...
dirá que cobarde fui...
- LORENZO. Nada de eso; se ha portado;
es de fuerte corazon
y no hay nada que le asombre;
ademas Lorenzo es hombre
que sabe su obligacion,
y nunca hubiera hecho tal
aunque lo perdiera todo,
si usted de cualquiera modo
hubiera quedado mal.
- MARQUES. Pero... y tu vida... ¡tu vida!
- LORENZO. Si es para usted importante,
cuide usted en adelante
de hacérmela mas querida.
Si usted no mira por sí,

yo lo haré en ese gran mundo...

tal á un padre moribundo

en su lecho le ofrecí.

Nunca olvidé estos consejos;

que mucho por cierto valen,

señor Marques, cuando salen

de la boca de los viejos.

MARQUES.

¡Oh!... jamás olvidaré

tu fé y lealtad por quién soy:

perdóname, desde hoy

á tí me consagraré.

LORENZO.

(*Bajo á la Condesa.*) A usted le toca, señora:

las cartas están aquí...

¿las quemó?...

CONDESA.

Lorenzo, sí;

de mucho le soy deudora.

Señor Marques, con dolor

recuerdo cuanto ha pasado;

pero Dios nos ha enviado

en Lorenzo un salvador.

Haga usted cuanto él dijere,

que es leal, honrado, grave...

y nadie como yo sabe

lo mucho que á usted le quiere.

En cuanto á mí, no hay razon

alguna que bien me escuse:

yo á sabiendas me interpuse

entre una honesta pasion

que he debido respetar:

yo apagué su llama, y debo

hacerla brillar de nuevo

sobre el ara del altar.

De ello estoy muy codiciosa,

y en prueba de mi interés...

(*Tomando la mano de Amalia.*)

permítame usted, Marques,

que le presente á su esposa.

¡Carolina!...

AMALIA.

MARQUES.

CONDESA.

VIZCONDE.

CONDESA.

¡Ah!

Aquí la tiene...

(*¡Reniego de mi ventura!*)

Esta sola es la hermosa

MARQUES.

Don Luis, que le conviene.
¡Oh!... gracias, Condesa bella;
yo bien quisiera explicar...
pero no me atrevo á alzar
mis ojos delante de ella...

CONDESA.

Por los dos saldré yo aquí:
su mucha bondad la abona,
y yo sé que ella perdona
á usted y á mí... ¿no es así?

AMALIA.

*(Arrojándose enternecida en los brazos de la
Condesa.)* ¡Hermana mia!

LORENZO.

*(Saca las cartas, las acerca á una bujía y las
prende fuego.)* Laus deo.

MARQUES.

¿Qué mas puedo apetecer?
¿Qué haces, Lorenzo?...

LORENZO.

(Mostrando los papeles ardiendo.) Encender
las antorchas de Himeneo.

CONDESA.

No mas entraré en la lid
de amor, que el alma vacila:
de este modo mas tranquila
daré la vuelta á Madrid.

CONDE.

Y si usted me lo permite
iré...

hey dormiré descansado
porque le hallo á usted trocado
en todo un hombre formal.
Ojo avizor, que me fundo:
Usted pronto estará listo...
pero entre tanto... ¡por Cristo!
no vuelva usted al *gran mundo*.

FIN DE LA COMEDIA.